

SUR

REVISTA MENSUAL

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION DE
VICTORIA OCAMPO

ENERO DE 1939

BUENOS AIRES

AÑO IX

S U M A R I O

R O G E R B R E U I L
KARL BARTH

R O S A C H A C E L
MEMORIAS DE LETICIA VALLE

F R A N C I S C O L U I S
B E R N Á R D E Z
ESPECTRO DE MACEDONIO FERNÁNDEZ

R A M Ó N G Ó M E Z
D E L A S E R N A
MÁS SOBRE LA TORRE DE MARFIL

N O T A S

Vicente Fatone: Donde lo cómico no es posible ✧ Augusto José Durelli:
Tres pueblos mártires ✧ LETRAS ARGENTINAS ✧ Leopoldo Ma-
rechal: Victoria Ocampo y la literatura femenina ✧ Lisardo
Zia: La lírica amorosa de Bernárdez ✧ María Rosa Oliver:
Dibujo y Poesía ✧ CUESTIONES CIENTÍFICAS
DE NUESTRO TIEMPO ✧ José Babini: ¿Es hu-
mana la ciencia? ✧ CALENDARIO

K A R L B A R T H

No deja de sorprender que sea universalmente célebre un teólogo protestante en su carácter de tal. La historia conoce muchas grandes figuras en las que era esencial el protestantismo, pero estas figuras no llegaron a la gloria por profesar ese credo. Así Guillermo el Taciturno, Bach, Rembrandt, Kant y muchos otros. Por el contrario, desde hace unos quince años, el teólogo Karl Barth ha adquirido inmensa notoriedad en tanto que protestante.

La aparición de sus primeros libros suscitó en los medios católicos como en los protestantes, y también en el mundo filosófico, discusiones extraordinariamente acaloradas. Un jesuíta influyente vió en su obra "el renacimiento puro y verdadero del protestantismo". El Conde de Keyserling ha escrito: "Barth y sus amigos tienen en sus manos todo el porvenir del protestantismo". El filósofo León Brunschwig, de la Sorbona, dijo: "Nada es más apasionante que el espectáculo ofrecido por el esfuerzo radical de Karl Barth".

Creemos que los lectores de SUR no podrán permanecer indiferentes a este extraño acontecimiento en la corriente de la cultura contemporánea.

En la actualidad, Karl Barth tiene unos cincuenta años y es profesor de teología en la Universidad de Basilea (Suiza). Es un hombre corpulento y fuerte, muy vivaz y sencillo, de lenguaje robusto, con reacciones bruscas, nada místico, muy sociable y directo. El polo opuesto de la imagen ordinaria del profesor, del teólogo y del

protestante. Todo el mundo conoce el divertido retrato que el poeta Kierkegaard trazó del “caballero de la fe” que, lejos de llevar en su porte los signos del infinito, se parece a un apacible comerciante que fuma su pipa junto a la ventana después de una jornada de trabajo. En más de un sentido se podría comparar este fantástico retrato con la imagen que presenta Karl Barth, si no poseyese la mirada extraordinariamente inteligente del pensador.

Pero el aspecto del hombre no tiene importancia.

Tampoco su historia presenta excepcional originalidad. Oriundo de una familia de Basilea, recibió durante sus estudios el influjo del liberalismo alemán y especialmente el del historiador Harnack. Cuando fué pastor no tardó en comprender que el modernismo era incompatible con la fe cristiana. Por un momento le sedujeron las teorías sociales de Hermann Kutter, pero el fracaso completo del socialismo durante la gran guerra le demostró que era preciso buscar en otra parte el mensaje que la Iglesia cristiana debe aportar al mundo. Entonces la luz brotó para él de un estudio profundo de la Biblia, y en particular de la *Epístola de San Pablo a los Romanos*, sobre la que publicó un *Comentario* en 1918, y entonces comenzó la gran lucha teológica que conmueve hoy al protestantismo en el mundo entero.

Fué nombrado profesor en la Universidad de Bonn (Alemania), y muy pronto hubo de desempeñar un papel de primer plano en el conflicto que situó a la Iglesia alemana, tanto la católica como la protestante, en oposición con las pretensiones del estado nacional-socialista. Tuvo que abandonar el Reich y enseña ahora en Basilea. Además de su *Comentario de la Epístola a los Romanos*, Barth ha publicado principalmente los *Prolegómenos a la Dogmática* y gran cantidad de estudios y conferencias, de algunas de las cuales hay traducción francesa (*Palabra de Dios y Palabra Humana, El Culto Razonable, Credo*, etcétera).

No intentamos dar aquí una exposición general del pensamiento de Karl Barth. No ha creado sistema, y trabaja sobre uno ya existente sin elaborarlo ni transformarlo. En efecto, actúa en medio de la revelación

cristiana que de ningún modo pretende explicar: sólo se limita a señalarla, como San Juan Bautista señala a Cristo crucificado en el famoso cuadro de Rembrandt. Tampoco pretende iluminar ciertos aspectos del cristianismo descuidados por las generaciones anteriores a la suya, ni volver a enseñar al mundo verdades olvidadas.

Para Barth no es posible hacer teología sino dentro de la Iglesia y para uso de la Iglesia, no como “maestro” o “doctor” sino como servidor. Ve en la teología una ciencia esencialmente práctica que debe ponerse al servicio de la predicación. La teología no es la sistematización de las verdades cristianas, tampoco es el contenido intelectual de la Revelación, y menos todavía la Revelación misma. Es un trabajo crítico ejercido sobre la predicación cristiana, una suerte de vigilancia constante que cabalmente debe impedir siempre que el predicador cristiano haga de la Revelación una de tantas filosofías. Pero lo que se debe predicar no es la teología, sino la palabra de Dios.

Para Karl Barth el problema se planteó desde un punto de vista esencialmente práctico. Durante la guerra, siendo pastor en una aldea suiza no lejos de la frontera, debía predicar el Evangelio mientras los cañonazos puntuaban sus frases. Trágicamente la guerra le llevó a examinar lo que él llama “la situación del domingo por la mañana”. No basta hablar de Dios, hablar de una Revelación que se cumplió hace dos mil años: a través del sermón del predicador Dios debe hablar hoy efectivamente a los oyentes para que el milagro de la Revelación se repita, para que Dios y su Palabra se nos tornen contemporáneos. Así como para el católico el sacrificio de Jesucristo es actual en la Misa, de la misma manera la Palabra de Dios debe ser anunciada actualmente a los hombres.

Tal es el problema planteado ante Karl Barth, o mejor dicho tal era el deber que se le había impuesto concretamente, porque —repitémoslo— Barth no se ocupa de un problema que se hubiera podido plantear fuera de la Iglesia, fuera de la fe. No considera la Iglesia, la Revelación,

la teología desde el exterior, como tampoco procura tender un puente entre el cristianismo y el mundo.

Pero ¿en qué condiciones la palabra así anunciada puede ser la Palabra de Dios? Al descubrir lo imposible del problema habrá de comprender cómo es posible. Está radicalmente fuera del poder de un hombre hacer que su palabra se convierta en Palabra de Dios. Sólo Dios mismo, por su libre elección, puede dirigirse a los hombres. Y cuando Dios habla, su Palabra es a la vez juicio pronunciado sobre nosotros, y perdón y promesa. Es decir que el acontecimiento que se realizó cuando la Palabra de Dios se hizo carne en Jesucristo, acontecimiento que ha sido, para los hombres, juicio, perdón y promesa, continúa eternamente en nuestro presente. Y así como recibió respuesta en la fe de los primeros creyentes, también hoy sólo podemos responder con la fe a la Palabra de Dios.

Tales afirmaciones llevaban a Barth a ocuparse en una triple tarea.

Ante todo, si en tanto que predicador debía anunciar la palabra de Dios y no contentarse con dar una interpretación filosófica del cristianismo, era necesario estudiar de nuevo cómo la Palabra se había dirigido a los hombres y comprender su sentido en los documentos que poseemos. Había que volver a considerar la Biblia, las Escrituras, concebidas como el conjunto de los testimonios dados a la Palabra creadora, viviente en Jesucristo: tarea dogmática que comprendía el Antiguo y el Nuevo Testamento. La fe cristiana, en efecto, tiene por objeto a Jesucristo, la Palabra hecha carne que sólo conocemos por las Escrituras, las cuales, según Él dijo, "dan testimonio de mí". El predicador está ligado a la Escritura; por eso la obra de Barth es ante todo bíblica. En este sentido, Barth ha originado un vasto movimiento de estudio de la Biblia, movimiento que se extendió a medios no adictos a su teología.

En segundo lugar Barth debía entrar en pugna necesariamente con las dos tendencias extremas en que se divide el protestantismo. Por una parte encontraba la llamada tendencia ortodoxa que pretende fundar la fe sobre las Escrituras mismas materialmente inspiradas. A tales

adoradores de la letra, Barth recuerda que la fe cristiana no es la fe en un libro, sino la fe en Jesucristo. Por otra parte se hallaba frente a todo el liberalismo moderno para el cual la conciencia y la experiencia personal son los criterios de la fe. A los modernistas recuerda que Jesucristo mismo quiso ser algo muy distinto del héroe moral en que lo han convertido, que Jesucristo se presentó como Hijo de Dios y como Señor. No entraremos en los detalles de una discusión naturalmente inacabable.

Por último, sin habérselo propuesto desde un principio, por el hecho de actuar en la Iglesia, Barth debía participar cada vez más en lo que él llama la "crisis de la iglesia evangélica", y pues ella reconoce como deber primordial confesar su fe ante el mundo, importa averiguar cómo la confiesa. La intervención de Barth y de sus amigos puso en discusión todo lo que parecía adquirido y tradicional en la Iglesia evangélica (nombre con el que designamos el conjunto de las comunidades protestantes). Resultaron patentes las desviaciones graves que se habían producido durante el siglo XIX y la ignorancia en que se estaba de los principios mismos de la Iglesia. Se bosquejó un movimiento de retorno a la Reforma del siglo XVI y al mismo tiempo se advirtió mejor la miseria actual del protestantismo y de las connivencias en que cayó muchas veces la iglesia evangélica.

Barth nunca tomó una actitud agresiva para con la Iglesia católica. Entiende que su papel no es juzgar desde afuera y que por hallarse en el seno de la iglesia evangélica calvinista bastante tiene que hacer con ella y sus problemas. Con todo, aunque Barth se haya abstenido personalmente, algunos discípulos suyos intentaron entrar en contacto con los católicos y de igual manera éstos se han ocupado ya muchas veces de la orientación nueva del protestantismo. En Francia, la notabilísima revista católica *Vie Intellectuelle* ha consagrado números especiales a este estudio. En la primavera de 1937 se reunieron durante tres días eminentes teólogos y filósofos católicos: los sacerdotes Gongar y Fessard, el Abate Grosche, Jacques Maritain, Gabriel Marcel, etcétera, y

discutieron estos problemas, en una atmósfera de confianza mutua, con cierto número de teólogos protestantes.

El 23 de diciembre de 1933, la Sociedad francesa de filosofía se reunía para una curiosa sesión, quizá única en sus anales. El presidente, André Lalande, autor del famoso *Dictionnaire philosophique*, después de haber pronunciado el elogio fúnebre del gran sabio Émile Meyerson, daba la palabra a Pierre Maury para una comunicación sobre Karl Barth. Espectáculo extraño en verdad, el de los más eminentes representantes del pensamiento francés reunidos para oír hablar de un teólogo de cultura alemana.

“No estoy aquí para situar a Karl Barth en la historia de la filosofía”, declaró de entrada el Dr. Maury. “Barth consideraría como una traición a sus verdaderos propósitos el que se identifique su dogmática con una teodicea sometida a criterios filosóficos... No quiere ser un filósofo. La filosofía tiene sentido —si lo tiene— en la medida en que no pretende proporcionar un verdadero conocimiento de Dios. Barth sólo quiere hablar como creyente, y ser escuchado como se escucha a un creyente”.

Tales palabras no dejaron de sorprender a filósofos habituados a que precisamente toda expresión de la inteligencia humana esté sujeta a la autoridad de la filosofía.

El presidente de la Sociedad de filosofía, al agradecer al Dr. Maury su exposición, observó que había en ella “un pensamiento y un sentimiento totalmente alejados de los caminos que habitualmente recorremos”. La discusión se aplicó a averiguar si, pese a la enérgica negativa de Barth, su pensamiento podía reducirse a términos filosóficos.

Al fin, después de una larga sesión en la que participaron ilustres personalidades, la asamblea reconoció la gran dificultad de aplicar los criterios filosóficos a tal pensamiento. “Es del mayor interés, dijo el profesor Lalande, observar cómo la vida espiritual puede tomar direcciones muy distintas de las que a nosotros nos agrada seguir y en las

que cada cual continúa con libertad de pensar que la dirección adoptada es la mejor”.

A nuestro entender, tal reserva es sin duda alguna la actitud más filosóficamente verdadera que se puede asumir ante el pensamiento de Karl Barth. No obstante, sus primeros discípulos habían pretendido convertirlo en un pensador a quien se podría relacionar con la filosofía existencial. Por su estilo concreto, lleno de imágenes, a la vez poético y denso, por la simetría y las repeticiones de un pensamiento al que repugna el curso lógico, por su esmero en conservar siempre una visión de conjunto sobre toda la realidad y por su intención de quedar siempre al nivel del hombre real, Karl Barth parecía en un principio comparable a otros pensadores de nuestro tiempo o de un pasado reciente. Pero la gran diferencia que le separa de todos estriba en que es hombre de Iglesia, predicador y profesor de teología, que habla por tanto como habla el obrero de su propio trabajo y no como podría hacerlo un espectador, desde afuera. “No nos dejemos impresionar por la filosofía —ha escrito—, ni siquiera por la de Heidegger”. Y también: “Kierkegaard y Dostoiewski han trazado admirables arabescos sobre el fondo cristiano, pero sólo el fondo es la realidad”. Todo induce, pues, a enlazar directamente a Karl Barth con la tradición de la Reforma, y en particular con Calvino.

Sea cual fuere la opinión que merezca este hombre y sus escritos, ningún lector culto de hoy puede ignorar el nombre de Karl Barth.

ROGER BREUIL

MEMORIAS DE LETICIA VALLE

El día 10 de marzo cumpliré doce años. No sé por qué hace ya varios días no puedo pensar en otra cosa. ¿Qué me importa cumplir doce años o cincuenta? Creo que pienso en ello porque si no, ¿en qué voy a pensar? En todo lo de antes no pienso; lo veo dentro de mí, cada uno de mis minutos es uno de aquellos, pero pensar, cuando me pongo a pensar, sólo se me ocurre: el día 10 de marzo cumpliré doce años. Y es que, pensando, me pregunto: ¿qué va a suceder? Y no va a suceder nada. Solamente que seguirán pasando los días hasta que llegue el 10 de marzo y ese día sí, ya sé lo que pasará. Luego volverán a pasar otros sin nada más.

Cuando quiero decirme a mí misma algo de todo lo que sucedió, sólo se me ocurre la frase de mi padre: “¡Es inaudito, es inaudito!”. Me parece verle en su rincón, metido en su butaca, cogiéndose la frente con la mano y repitiéndola, y yo, desde el mío, diciéndole sin decirle: “Eso es lo que yo estaba queriendo decirte siempre. Yo no sabía decir que todo lo mío era inaudito, pero procuraba dártelo a entender y tú de todo decías que no tenía nada de particular. Claro que si ahora lo que ha pasado te parece inaudito es porque sigues creyendo que anteriormente nada tenía de particular”.

Pero ¿a qué conduce este discutir? Estamos muy lejos, como siem-

pre estuvimos, con la diferencia de que ahora la distancia es una ventaja para mí, me aísla, es mi propiedad y no siento aquel deseo de dar explicaciones. Antes, cuando hablaba de mis cosas, era como pidiendo que me defendiesen de ellas. Ahora, las peores, ya no me dan miedo: me atrevo a repetirlas aquí, las escribiré todas, para que no se borren jamás en mi memoria. Y no por consolarme: necesito mirarme al espejo en ellas y verme rodeada de todas las cosas que he adorado, de todas las que me han separado, como si ellas me hubiesen hecho daño. Aquí ya no pueden quitármelas, ni ellas pueden irse; aquí serán como yo quiera, no pueden nada contra mí, como tampoco pueden estas otras que están de veras a mi alrededor: las veo, pero me niego a creerlas. Con todo, me pasa lo que con la rama de hiedra que llega al marco de mi ventana. Cuando la miro de refilón y la veo asomarse al cristal, me parece una lagartija que va a escaparse si me acerco. Sin embargo, no es lo que parece, no puede huir ni estremecerse aunque pegue en el cristal con los nudillos, pero a pesar de eso me gusta creer que es mi compañera. Su vida es tan lenta, aún más que las manecillas del reloj que tantas veces he pasado horas queriendo ver avanzar. Aquí es ella la que va a medir mi tiempo. Cuando la miro como cuando la olvido o como cuando duermo, ella va avanzando; ahora llega próximamente a la altura del nudo más grande de la madera y sé que para el diez de marzo habrá crecido un palmo o acaso más.

Menos aún se notará lo que pueda crecer yo de aquí a entonces. Adriana me dice que cuando venga el invierno esas vertientes se cubrirán de nieve y esquiaremos, que de un momento a otro llegará su profesor y daremos clase de música en el gabinete de su madre, que tengo que aprender de prisa el alemán para poder seguir los estudios con ella. No aprenderé el alemán, ni esquiaré ni estudiaré nada. No iré por ese camino que me marcan, no seguiré a ese paso: iré en otro sentido, hacia arriba o hacia abajo, me escaparé por donde pueda y no se darán cuenta.

Me verán todos los días con los pies quietos en el mismo sitio, pero no estaré aquí: iré hacia atrás, es lo único que puedo hacer. Esto ¿cómo van ellos a comprenderlo? No haré nada que sobresalga, no me verán mover ni una mano: volveré hacia adentro todas mis fuerzas, echaré a correr hacia atrás hasta quedarme sin aliento, hasta llegar al final, hasta perderme. Luego volveré hasta aquí y retrocederé otra vez. No, aquí mismo no llegaré nunca. Me parece más fácil llegar hasta allá, hasta el principio. Todo lo demás, lo que está a la derecha o a la izquierda, se puede tomar o dejar, y yo no tomaré más que lo que verdaderamente quiera. No lo que quiera por capricho, lo que quiera con mi corazón, lo que quiera con ese querer que viene desde el principio: desde Dios, debe ser, porque Dios es principio y fin de todas las cosas. Aun no sé lo suficiente para pensar esto por cuenta propia y, sin embargo, hace ya mucho tiempo, cuando no sabía absolutamente nada, ya lo pensaba. Siempre lo sentía así. Cuando rezo, sobre todo cuando rezo a oscuras. Cuando me vuelvo de cara a la pared en la cama y tanteo la oscuridad con los ojos, los giro en todos sentidos y no veo nada. Hasta que no esté convencida de que no veo nada, tampoco puedo pensar en nada. A veces llego a dudar si tengo los ojos abiertos o cerrados y me toco con la punta del dedo, despacio, con mucho cuidado, como si fuese a sorprender a un ojo que no fuese mío, y cuando toco el ángulo del ojo entre las pestañas y me convengo de que está abierto, entonces estoy segura de que no se ve nada y paso un momento de una angustia horrible, pero al fin puedo empezar a rezar el padrenuestro.

Tengo tal necesidad de pensar por cuenta propia, que cuando no puedo hacerlo, cuando tengo que conformarme con alguna opinión que no arranca de mí, la acojo con tanta indiferencia que parezco un ser sin sentimientos. Esto me atormenta más que nunca cuando quiero hacerme una idea de cómo sería mi madre. Cuando era pequeña, oía hablar de ella y me decía a mí misma: no, no era así. Yo recuerdo otra cosa,

pero ¿qué es lo que yo recordaba? Nada claro, nada que se pueda decir ni siquiera oscuramente. La verdad es que nunca pude recordar cómo era mi madre, pero recuerdo que yo estaba con ella en la cama, debía ser en el verano, y yo me despertaba y sentía que la piel de mi cara estaba enteramente pegada a su brazo, y la palma de mi mano pegada a su pecho. Por muchos años que pasen, no se me borrará este recuerdo, y puedo hundirme en él tan intensamente, sobre todo de un modo tan idéntico al de cuando era realidad, que en vez de parecerme que cada vez lo miro más desde lejos me parece que, al contrario, algún día pasaré más allá de él. Ahora lo estudio, lo repaso; antes lo miraba, me pasaba horas contemplándolo. Me parecía sentir precisamente un no sentir en algún sitio, un tener una parte mía como perdida, como ciega. Era como si estuviese pegada a algo que, aunque era igual que yo misma, era inmenso, era algo sin fin, algo tan grande, que sabía que yo no podría recorrerlo entero, y entonces, aunque aquella sensación era deliciosa, sentía un deseo enorme de hacerla cambiar de sitio, de salir de allá, y me agarraba, tiraba de mí misma desde no sé dónde y me despegaba al fin. Recuerdo el ruido ligerísimo que hacía mi piel al despegarse de la de ella, como al rasgar un papel de seda sumamente fino. Recuerdo cómo me quedaba un poco en el aire al incorporarme, y seguramente entonces la miraba y ella me miraría. Sí, sé que me miraba, me sonreiría, me diría algo; de esto ya no me acuerdo. Es raro, si recuerdo lo que sentía, ¿por qué no recuerdo lo que veía? Yo creo que debe ser porque después he seguido viendo y viendo cosas; en cambio, no he sentido nunca más nada semejante a aquello.

Todo el mundo, todos más o menos, habrán sentido una cosa así, pero si la han sentido ¿por qué no hablan de ello? Claro que yo tampoco he hablado nunca, pero cuando los otros hablan, yo busco entre sus palabras algo que deje traslucir que lo conocen, y nunca lo encuentro. Se ve que no han empezado por ahí, hablan de otras cosas. Hablan del

amor de las madres, de cosas que hacen o que dejan de hacer, y yo siempre digo en mi fondo: el amor era aquello. Sí, después, otros han hecho también cosas por mí, todos me han querido, se han sacrificado como dicen, pero, aquello otro, nada tiene que ver con esto. Esto, aunque debe ser claro, ni lo entiendo ni quiero entenderlo. Aquello era como un agua, o como un cielo. ¡Se estaba tan bien allí! Y se quería salir para sentir mejor que se estaba.

Fuera de eso, no recuerdo nada bueno de aquellos años. Sólo la angustia de tener que aprender unas cosas para comprender otras, porque la gente, por lo regular, habla de un modo que al principio no sabe uno por donde guiarse. Tan pronto dan a las cosas más misteriosas una explicación tonta, tan pronto las envuelven, las disfrazan con un misterio odioso. Cuatro o cinco años me pasé oyendo, sin comprender que mi padre había ido a África a hacerse matar por los moros. Yo comparaba lo grave que me resultaba aquello con la naturalidad con que lo decían, y no acertaba a casar las medidas. Entonces pensaba: o no es tan grave o es conveniente, y el no poder juzgar sobre esto no llegaba a inquietarme. Que mi padre quisiera morir, no me era imposible de comprender, pero que quisiera hacerse matar por los moros ¿por qué? Además, ¿por qué lo decían con aquel misterio, con aquel dejo? Cuando yo preguntaba, era un alzarse de hombros, un mover de cabeza con lo que me respondían, que yo sentía vergüenza, no sé si por mi padre o si por mí, por no entender, por no dar en el quid de aquello que no querían explicarme. Llegaban los periódicos y yo miraba las caras de todos cuando leían las noticias y suspiraban con satisfacción porque no encontraban la que temíamos, pero después movían la cabeza como diciendo: nada, todavía no ha conseguido nada... Yo vivía con la desazón de no entender aquello, y muchos ratos lo olvidaba, pero de pronto me venía a la cabeza y me sentía tan cerca, parecía tan cierto ir a verlo claro de un momento a otro, que me ponía colorada. Pero

entonces no era vergüenza, era emoción, era como si me asustase no sé de qué. Mi corazón daba un golpe terrible, se me extendía un calor por la frente que me nublaba los ojos, y aunque no conseguía ninguna idea clara ni nueva, sentía que había tocado a la verdad. Lo que me repugnaba era precisamente la envoltura que le daban los otros y las explicaciones, siempre las explicaciones, alrededor de mi padre y mi madre. Siempre aquellas sentencias: “cuando de veras se quiere a alguien, se hace esto y no esto; el amor no es así, sino de este otro modo”. Y yo sin poder más que decir dentro de mí con toda mi desesperación y todo mi asco: imbéciles, el amor era aquello.

Afortunadamente, yo pasaba la mayor parte del tiempo con mi tía Aurelia, que era la menos aficionada a hablar. Vivíamos puede decirse que solas, pues el ama y las criadas quedaban perdidas en la parte interior de la casa, y no venía a vernos casi nadie. Mi profesora, unas temporadas venía muy puntualmente todas las mañanas, otras se estaba varios días sin aparecer. Tanto ella como el médico decían que yo sabía demasiado y que me convenía más pasear que estudiar. Mi pobre tía me sacaba a pasear todos los días, y siempre, antes o después de nuestro paseo, nos deteníamos en casa de mi abuela. Allí era donde había grandes conversaciones alrededor de la camilla. Las tías hacían encaje de Irlanda, calados de Tenerife, tenían la habitación inundada de cestillos y bastidores. Yo me asfixiaba allí, y uno de los recursos que tenía para salir pronto era preguntar a mi abuela si tenía algún encargo que hacernos. Ella lo tomaba como si yo tuviese mucho empeño en complacerla y reservaba los encargos delicados para nosotras. Había que comprarle siempre cosas únicas en sitios rarísimos o gastar varias horas en la explicación de algo que mandaba hacer sobre medidas. Mi tía era la que hacía el encargo, pero al tomarlo era yo la que tenía que atender, porque confiaban en mi memoria prodigiosa.

Me gustaba sobre todo tener que ir a la farmacia, porque mi abuela

tenía viejas recetas que acostumbraba a tomar, y con todas sus exigencias y requisitos sólo querían servírselas en la farmacia militar. Allí íbamos mi tía y yo y teníamos que esperar incalculablemente hasta que se podía coger solo al boticario y explicarle que la vez anterior había estado demasiado, o demasiado poco, cargado de cualquier cosa. Entre tanto, yo me paseaba por el pasaje donde estaba la farmacia.

Es maravilloso ese tiempo que se pasa esperando; parece que uno no está en sí mismo, que está haciendo algo para otro, y, sin embargo, está tan libre.

Aquel pasaje a la entrada de la calle del Obispo se torcía en el medio para salir a la del Salvador, y en el ángulo tenía una rotonda con montera de cristales, con cuatro estatuas representando las estaciones, y en medio una de Mercurio. ¡Qué luz caía sobre aquella pequeña plaza encerrada! A cualquier hora, en cualquier época del año, había allí una luz que le hacía a uno comprender. Yo, desde allí, comprendía, no sé por qué, la historia. La historia que no me gustaba estudiar en los libros, desde allí, me parecía algo divino. Dando vueltas entre aquellas estatuas, bajo aquella luz, yo pensaba, según fuese el día: cuando era en verano, poco antes de las doce, el sol era terrible, era irritante, trágico. Yo pensaba entonces en los gladiadores que morían en el circo de Roma. Veía sobre todo aquellos que caían al pisar la red, veía los cuerpos arrastrados por la arena, y también algo leído no sé dónde: dos que morían a un tiempo atravesándose mutuamente con sus espadas. Bajo aquel sol, bajo aquella luz desgarradora, veía siempre aquella escena. Dos hombres desnudos que se mataban uno a otro al mismo tiempo. Cuando era la hora de la siesta, pensaba en cosas de América, pensaba en colibríes, en hamacas. Veía una mujer vestida de blanco, dormida a la sombra de un cañaveral, con una mariposa negra posada en medio del pecho. Si era por la mañana temprano, pensaba en Grecia, sobre todo cuando el pasaje estaba recién regado

y quedaban pequeños charcos con una frescura que era como una música; entonces pensaba sobre todo en Narciso. Otras veces, cuando llovía, pensaba en el Rey de la Cerveza. No sé por qué le llamaba así, ni sé de dónde me había sacado aquel personaje, pero me encantaba. Cuando la luz era gris y se oía el ruido de la lluvia en la montera de cristales, yo le veía sentado en un sillón de respaldo muy alto, con hojas de vid talladas en la madera. Estaba en una habitación inmensa con ventanas góticas, y en un rincón se veía un tonel precioso con una panza tan perfecta, que parecía vivo. ¡Pero él!... yo sabía cómo era en todos sus detalles. Iba vestido de terciopelo, no siempre del mismo color, pero siempre ribeteado de martas cibelinas. Sin eso no podría imaginarle. Bajaban las dos franjas de piel por sus hombros, y entre ellas se le veía el pecho maravillosamente sonrosado y anchísimo, con una camisa de encajes que le dejaban un escote cuadrado bajo la barba rubia. Entre los pelillos de su barba, su boca brillaba cuando se reía, y sobre todo cuando comía unos pescaditos fritos que cogía con las puntas de los dedos por la cabeza y la cola. En esta actitud es como más frecuentemente le imaginaba: sentado ante una gran mesa y comiendo uno de aquellos pescaditos. Les mordía en el lomo, iba quitándoles la carne con los dientes, y siempre yo veía el primer mordisco que era en el medio, como en la cintura del pez. Mientras lo comía, miraba al espacio con sus ojos azules que casi sonreían, no sé a quién, porque le veía siempre solo en aquella gran habitación. Otras veces estaba con las rodillas separadas y los pies juntos en un cojín sentado junto al tonel, viendo caer de la espita un chorro dorado sobre un bock, y entornaba los ojos como un gato que se adormece.

No sé si a todas estas cosas que yo imaginaba en el pasaje se les puede llamar la historia. El caso es que yo sentía que allí aprendía mucho. Porque en todas partes tenía estos ensueños, pero fuera de allí eran muy diferentes. Unos eran los que me acompañaban en las

visitas, otros en la cama antes de dormirme, otros en la iglesia. Los de las visitas eran, generalmente, alrededor de unos seres pequeñitos que veía, de pronto, en algún mueble, en algún rincón donde yo sorprendía a veces como un ambiente a propósito para ellos. Mi tía me llevaba a veces a casa de unas amigas suyas, dos hermanas solteras ya muy mayores; la más joven tocaba el piano y todas las tardes estudiaba un par de horas. Cuando nosotros llegábamos a su casa, ella seguía estudiando, y mientras mi tía hablaba con la otra en otra habitación, yo me estaba con ella, sentada en la alfombra, en un rincón, junto a la consola. Un día le pregunté qué era lo que tocaba, y me dijo que estaba repasando las fugas. Tocaba muy bien, su música era tan ligera, tan limpia. Yo no la atendía, pensaba en otra cosa mientras tanto, pero a veces se destacaba un trozo que se llevaba mi atención, causándome una sorpresa, un deslumbramiento, como cuando se está mirando al cielo distraídamente y de pronto corre una estrella. Las cosas que yo pensaba en aquella sala eran todas como aquellas fugas, siempre cosas ligeras, transparentes. Por el asiento de una butaca forrada de peluche verde, veía correr un caballo blanco. Tenía la piel como de perla, los ojos negros, y echaba hacia atrás la melena con un movimiento de cabeza como el de una niña. Alguna vez vi que se paraba y se quitaba con la mano el mechón que le caía sobre la frente. Sí, con la mano, yo lo veía así. También veía entre las patas de la consola unas zonas brillantes en la madera negra, unos rincones oscuros, unos cambios de luz y de sombra que eran como un mundo negro iluminado por un sol negro. Por allí había siempre dos seres muy pequeños, blancos y transparentes como hadas, que se abrazaban y se querían mucho.

En todo esto que veía, yo no tomaba parte, aunque sentía todo género de sentimientos y como la atmósfera donde ocurría; en cambio, en las fantasías que pensaba en la iglesia, me veía siempre a mí misma, transformada, haciendo cosas imposibles, pero enteramente yo. En todas

las iglesias de Valladolid tenía imágenes y rincones queridos, pero en San Esteban estaba el Cristo yacente en la urna, dormido sobre el cojín blanco bordado de oro. Nunca pude rezarle: no me gustan las oraciones, únicamente el padrenuestro y ése no es a Cristo. Yo me arrodillaba allí y hacía por acercarme a Él, nada más; era un esfuerzo enorme de toda mi imaginación el que hacía. Salía de mí misma, vivía, respiraba el aire que corría entre aquellos cristales que le guardaban, veía el brillo de sus ojos entre los párpados medio cerrados, los extremos de su boca por donde parecía que escurría algo como un aroma. Mi sitio habitual en el altar era la mitad del escalón que quedaba a la cabecera, pero no siempre conseguía entrar verdaderamente en la urna. Siempre me lo imaginaba, siempre me concentraba en la idea de que andaba por allí dentro, de que me encogía para caber en el pequeño espacio que quedaba al lado de su cuerpo, pero algunas veces no era imaginar: enteramente, con mis cinco sentidos, entraba allí. Entonces veía aquellas sombras moradas alrededor de sus ojos, en sus mejillas, en sus sienes, como si se moviesen. Ya no eran un tinte o un tono que tenía, ya no eran que era así, sino que eran como algo que aparecía, algo que pasaba por Él. Yo le sentía sufrirlo, hundía mis ojos en aquellas sombras de su agonía como en un agua oscura, profunda, que permaneciese agitada por los siglos de los siglos, y mi corazón se aceleraba pensando en aquella agitación sin fin, en aquella tortura que, como quejido, daba aquellas sombras como alas negras. Yo entonces quería descansar, dormir viéndolas agitarse, dejar caer mi cabeza sobre su pecho, mientras siguiesen aleteando. Esto no era pensar, pienso ahora, para ver hasta dónde llegan mis recuerdos, pero entonces era otra cosa, enteramente otra cosa. Entonces no llamaba sombras a aquello que veía, ni me proponía estar en ninguna posición especial: me sentía allí, estaba allí, me abandonaba, me olvidaba allí, hasta que pasaba dentro de mí algo sólo comparable al afluir de las lágrimas. Algo lloraba dentro de mí, dejaba

correr un hilo de llanto por el fondo de mi cuerpo, por un sitio que me parecía el eje, el escondrijo del alma. Allí dentro pasaba algo como un relámpago. Jamás hubiera confesado esto a nadie: era como un secreto terrible, aunque al mismo tiempo me enorgullecía, pero hubiera sido descubrir que yo no era una niña. Mucho antes de los siete años, ya llevaba encima de mí este secreto.

A los ocho, decidieron llevarme al colegio de las Carmelitas para que tuviese trato con otras niñas, y allí fué donde mi secreto me resultó abrumador. Empecé a ver lo que eran las chicas. A propósito de mí, mi familia se expresaba siempre con el mismo misterio que cuando hablaban de mi padre, como si supiesen lo que yo tenía dentro de mi cabeza y como si fuese algo tan tremendo que no se pudiese ni nombrar. Me mandaban allí como a curarme de algo: a que aprendiese a ser niña, decían. Pero cuando empecé a tratarlas me produjeron horror, horror y asco. Eran ellas las que estaban enfermas de su niñez: unas me parecía que no podían, que no podían nada; todo lo que intentaban les quedaba corto, como si no estuviesen enteramente despiertas; otras, al contrario, ya habían aprendido todo lo que tenían que aprender, las lecciones era lo de menos. Aquel machacar ladrillos y repartirlos en porciones. En el recreo, yo las veía jugar a hacer comiditas, y hubiera querido pisarlas. Sin embargo, me portaba bien con ellas; jamás reñí con ninguna, sólo las miraba hasta salirseme los ojos, pero ellas no sabían por qué. Y aunque las miré tanto, las he olvidado casi enteramente. Sólo se me destaca de entre ellas una que no olvidaré jamás. Aquella chica era la única que tenía como yo su secreto. Pero nunca hubiéramos podido unirlos: no tenían nada de común. No, Dios mío, no. ¿Cómo he podido creerlo más tarde? Esa idea no ha sido más que un deseo de castigo. Era la penitencia que me imponía a mí misma. Porque nos hayan podido juzgar iguales, porque el ama, que no es más que una vieja llena de resabios y malos sentimientos, me haya querido en-

volver en la misma palabra que a ella, aquella monja, que era otra arpía, he podido yo creer alguna vez que había algo semejante. Pero ¿cómo puede ser? Yo les preguntaría a todos dónde está la semejanza. No lo comprenderé jamás. Y sin embargo, me hiere, me enloquece recordar sus voces llenas de experiencia, diciendo aquello, escupiendo aquello.

Yo a la chica la despreciaba, me parecía bizca sin serlo. Todo en ella, sus posturas, su cuerpo, sus pies bizcaban. Se sentaba sobre los riñones, las piernas separadas, las puntas de los pies hacia dentro. En la hora de la labor se iba a un rincón y no daba una puntada: lamía la pared. Yo no sé qué maniobra hacía allí metida, pero eso lo vi claramente: lamía la pared, que estaba recubierta de tablas amarillentas barnizadas. Yo sentí tanto horror cuando vi aquello, que deseé con toda mi alma que nadie lo viese, pero sin duda las monjas se dieron cuenta y fué bien casual que tuviese yo que atravesar la galería cuando estaban echándole la reprimenda. La Superiora la sacudía con sus frases como para despabilarla de su actitud entre adormilada y burlona, le dejaba caer encima todo el infierno con sus tormentos horribles. La monja de nuestra clase, que era muy dulce y muy instruída, no hacía más que lamentarse. Le pasaba la mano por la cabeza y repetía: yo quisiera que fueses una niña limpia y bonita. Y la otra, que seguramente era la que la había delatado, iba renqueando galería adelante sin darse cuenta de que yo iba detrás de ella y repetía a un lado y a otro: “¡Cuánta basura en este mundo, cuánta basura en este mundo!”.

No, yo no era desinteresada en el dolor que me causaba esta palabra. Era una especie de presentimiento lo que me abrumaba en ella. La rechazaba por mí, aunque entonces creyese que era por la otra. ¡Si entonces me hubieran dicho que a mí misma, que casi en mi cara, que en mi propia casa iba yo a ir por mi pasillo e iba a tener que oír aquello, con un acento aún más bajo, con mayor desgarró! Porque el ama decía:

“¡Cuánta basura en *el* mundo!”, y su retintín parecía querer decir que si la dejaran a ella, lo arreglaría de un escobazo. La monja no: decía en *este* mundo como si sólo el otro pudiese estar limpio de ella. ¿Por qué exclamar lo mismo ante cosas tan diferentes? ¿Es que yo no entiendo lo que hago? ¿Es que podré llegar alguna vez a entender las cosas como los otros? Eso sería el mayor castigo que pudiera esperarme. Porque las gentes viven, comen, van y vienen, como si tal cosa, aunque vean el mundo con ese asco. Yo no; yo, si llego a verlo así, me moriré de él. Yo no quiero vivir ni un día más si voy hacia eso.

Pero ¿qué puedo temer si he decidido no ir a ningún sitio, volver hacia atrás y mirar todo sin que cambie nada? Aquellos días a veces los confundo; sólo tengo algunas señales para guiarme: algún traje que estrené en determinada fecha y que en otra ya no pude ponerme porque se me había quedado corto.

Cuando cambió todo fué a la vuelta de mi padre. Los días en que se supo que estaba herido, se animó todo en las dos casas. Las noticias llegaban a la de mi abuela; mi tía y yo íbamos allí, y parecía que unos y otros teníamos ya algo que hacer: esperarle, cuidarle luego. Yo esperaba tanto de su llegada, creía que él iba a explicarme, que él iba a estar cerca de mí en todo lo que me interesaba, que con mirarle sólo comprendería aquellos misterios; aquellos dramas que yo creía que llevaba dentro. Pero no fué así, y no es que él se apartase, no; me quería mucho, quería tenerme siempre con él, pero no quería que le preguntase. Mi mirada, mi ansiedad, yo creo que le hacían daño. No tenía valor para recordar. No había conseguido que le matasen los moros, pero sí que matasen sus recuerdos. Las peripecias de la campaña, sus sufrimientos en el hospital, la amputación, las curas horribles, le daban ocasión de hablar incesantemente. Y yo creo que hablaba tanto, para que no hablasen los otros, es decir, para que no se hablase más que de lo que él quería. Se había acostumbrado a tener a los pies

a su vieja perra cazadora, y quería que todos le escuchasen como ella sin rechistar. La perra tendida delante de él, con el hocico sobre las patas, no se movía; sólo dirigía hacia él los ojos cuando la señalaba con el dedo. Porque la perra era uno de sus temas de conversación. A todo el que venía a verle le contaba la historia de su pobre perra, que al fin se había aclimatado al terreno seco porque era una *setter* muy fina, y al principio creyó varias veces que se le moría en las carreteras polvorientas. Contaba cómo conseguía arrastrarla hasta algún charco, cómo la abandonaba allí, dándola por muerta y cómo ella le alcanzaba al poco tiempo. Hablaba también de los chacales e imitaba su lloriqueo, que oía en el campamento por las noches. Porque los moros les cazaban con lazos y luego les agarraban por el pellejo del pescuezo y por la cola y los echaban por encima de las alambradas.

Así pasó el invierno. Mientras duró su convalecencia estuvo siempre acompañado y entretenido. Luego empezó a salir y a decir que no podía soportar la ciudad. Él decía que era el clima, pero yo sé que era otra cosa. Decía que le era difícil cruzar las calles con muletas, que no sabía hacer nada sirviéndose de la mano izquierda, que necesitaba vivir en un sitio donde pudiese tener aire sin necesidad de moverse. Al fin decidió salir de Valladolid, arreglar la casa que teníamos en Sardón de Duero y encerrarse en ella para siempre.

En los primeros días de abril salió para allá mi tía con la criada, y pocos después mi padre, el ama y yo. Salimos por la mañana temprano y llegamos casi al medio día. Hacía mucho calor. Mi tía me tenía preparada una sorpresa en mi cuarto: un mirlo en una jaula de juncos. En todo el día no hice más que mirarle. Había unas rosas en un jarro, de esas bastas tan olorosas, y siempre que me acuerdo de ese día, me parece ver el pájaro negro tan esbelto sobre el rosa de aquel perfume que llenaba la casa.

ROSA CHACEL

ESPECTRO DE MACEDONIO FERNÁNDEZ

El Buenos Aires de Macedonio Fernández está perdido más allá del nombre que me pusieron en la pila de la Merced, y es mucho más poderoso que los años de mi memoria. Pero ese furtivo raudal de formas y voces antepasadas, esa corriente de música y geometría que corroe muros, acentos y caras familiares al penúltimo Buenos Aires asoma de vez en vez a la imaginación, para mostrarle (con algún eco de rostros y alguna vislumbre de cosas) el genio y la figura de aquel mundo extraviado. La lectura de revistas amarillas (amarillas de tanto progresar) y la contemplación de fotografías emparentadas conmigo facilitan el hallazgo, siempre que la ciudad y mi cuerpo convengan en la quietud y se determinen a confundir sus respectivas edades. Esto suele suceder en mi casa, cuando el trabajo de mis hojas y la travesura del pensamiento quieren descansar en una ley argentina. Para recobrar, entonces, el acento de mi país y para corresponderme con su corazón, entorno despacito la pluma, dejo volar el papel, acudo al álbum de retratos y lo recorro sin despertar a nadie. Página por página, fisonomía por fisonomía, nombre por nombre, desando todo el camino que mi gente vivió desde 1880. Voy entre vidas útiles a la tierra; veo criaturas hábiles en el uso del mundo; repaso varones que sabían traducir el sudor en un pan inocente; cruzo personas ejercidas por el ocio, la inteligencia y el amor; oigo cabezas armónicas, eludo seres en desorden, aprovecho el mejor tiempo de todos y, cuando llego al número que más arriba

escribí, cierro el álbum, atizo los ojos y descubro la proa que me trajo apellido español. Allí nace mi patria y allí mismo, para verla crecer, un buque suspende su canto.

Como sé que no puedo trasponer ese límite sin renunciar a mi pronunciación argentina (ya que mi sangre vuelve a ser historia de España más allá de mil ochocientos ochenta), procuro desentenderme de clarines y banderas anteriores a la venida de mi padre y averiguar el aire de mi nación en sólo medio siglo de fotografías. Así, de tumbo en tumbo (de tumba en tumba) por entre tanta gente marchita, me acerco al municipio de Macedonio Fernández y reconozco a su exclusivo contribuyente. Macedonio Fernández, a la sazón, es un chiquilín de seis años. Está solo. Desde su ventana se ve la ciudad. La ciudad es horrible. Pero el muchacho no se intimida. Fiel a su propia belleza, resuelve luchar hasta el fin. Empuja los postigos, atranca las puertas, y como la realidad ha quedado fuera de su vista, la considera vencida para siempre. (Si yo no puedo atestiguarla — presume —, la realidad no existe). Después amontona su fuerza, pone cerco a los libros y aguarda. Los capítulos, uno por uno, comienzan a capitular. Y cuando el último renglón es prisionero suyo, Macedonio comprende que su ventana ya no soporta la carga del mundo. Por un resquicio de la madera descubre la vivísima realidad. Y se desilusiona. Para justificar este súbito revés imagina que todo es un sueño. ¿Cuánto duró? No lo sabe. ¿Duran, acaso, los sueños? El tamaño de la biblioteca lo confunde. Tanto y tanto han descendido los anaqueles en el curso de la batalla que ya muchos están al alcance de la mano juvenil. El tiempo logró contraer una estantería, sin duda, pero ¿pudo alterar, entre tanto, la talla y el contorno de su persona? (Si no puede obrar sobre mí — concluye —, tampoco existe el tiempo). Decidido a verificar estas imágenes, el héroe cierra los libros, abre las puertas y afronta la ciudad.

En el vocerío que sube de las calles y baja de los balcones hay una promesa de muchedumbre feliz. El adolescente, casi acompañado ya, recuerda el silencio de su cárcel de papel y, al compararlo con esta mú-

sica, desconfía de su gloria de lector y se pregunta si será tan fácil exponer el espíritu al fuego directo de los hombres y de la naturaleza toda como fácil ha sido sobreponerlo a los azares, alternativas y rigores de la lectura. ¡Qué lejos están ahora los libros! El primer amago de la vida natural ha desvanecido el escaso valor que tenían. Es menester olvidar cuanto antes este fracaso y apercibirse de nuevo para la defensa, pues en cualquier momento debe de sobrevenir, a juzgar por el creciente clamor, otra materia más hostil y más ardua que la de los libros aquellos. Humilde como nunca, Macedonio registra la ciudad en procura de los hombres y de su contraste. Los hombres, los hombres. ¿A qué temer su lección? Es mejor empezar a corregir el sueño propio, para que, cuando los hombres irruman, sea mucho menos difícil el despertar. Aquí mismo y ahora. ¡Pronto! Los hombres están cerca. Los hombres, los hombres, los hombres. ¿Y? Macedonio recorre la ciudad entera, la repasa, la revisa, la vuelve a recorrer; examina barrio por barrio, calle tras calle, techo a techo; va y viene de llamador en llamador, de zaguán en zaguán, de cancel en cancel; escudriña parques, andenes, esquinas, habitaciones y cúpulas; anda, desanda, sube, baja, despacio, de prisa, por acá, por aquí, por allá, por todas partes, otra vez, otra más, otra, mil... ¿Y? Los hombres no se manifiestan. Es inútil insistir, amigo lector. Un tumulto de carne, sí; muchas esperanzas; un presagio de semillas ocultas aún; alguna voz; otra señal; este son; aquél; algo; la sombra de una remota luz; una ráfaga de figuras; un presentimiento de sentimientos; una frescura todavía sin árboles; un perfume con su flor a lo lejos; y carne, sí, carne de carne casi viva; pero ninguna palabra, ninguna forma, ningún hombre. Nadie. La representación es perfecta, sin embargo. Fiel en el timbre, cabal en el dibujo, puntual en el movimiento. Parece la vida. Pero los hombres están ausentes. Un tranvía circula; ceden un poco los andamios; el alboroto redobla; las herramientas andan a una; los almacenes abren sus escaparates; hasta versos hay en alguna ventana; pero tan vacíos están los establecimientos, el tranvía, los útiles de trabajo, los obradores,

el rumor y la poesía como los demás enseres del estar y del ser. El adolescente desiste ahora de su timidez y recae (por culpa de la ciudad) en aquella certidumbre de antaño. La realidad, el tiempo, los hombres. Este desierto le da toda la razón. (El hombre — dice — también es un sueño). Después incurre para siempre en sus antiguas imágenes.

FRANCISCO LUIS BERNÁRDEZ

MÁS SOBRE LA TORRE DE MARFIL

La noche está ya dormida y la Torre de Marfil se expande por todo el espacio que el sueño deja deshabitado.

De pronto se ha oído un ruido por el pasillo que conduce a la Torre de Marfil. He abierto francamente la puerta para adelantarme a la sorpresa.

Es el ladrón de la Torre de Marfil. No sirve más que para eso, oye detrás de las puertas y se lleva pelusas de pensamientos.

—Pase... pase... ¿Qué hace ahí?

—He subido equivocado...

—No importa... Hablemos un rato.

—¿A qué se dedica usted y qué me dice de política?

—Yo me dedico a todo; y como eso no me deja espacio vacío, no tengo más que las suficientes ideas políticas para votar en mi día.

—¿Y qué es ese todo a que se dedica?

—¡Vaya! No se haga el disimulado... usted lo sabe mejor que yo... Le he sentido venir de noche y revisar mi cesto de los papeles... Pero le advierto que todos mis borradores tienen las ideas trabucadas... sólo yo los entiendo.

—¿Por quién me ha tomado a mí?

—Por nadie... Usted es Nadie... Ésto se lo puedo decir porque

estamos solos en la Torre de Marfil y aquí sobre nosotros sólo está Dios.

—¿Dios?

—Dios no puede dejar de estar en todos sitios... Dios es lo que lo justifica todo ¿o usted tiene alguna justificación que no sea Dios?

—El reparto social.

—Pero lo que se va a repartir es cosa de Dios... Ya que van a despojar a los que lo usufructuaban hay que reconocer que todo viene de un primitivo dueño que había sido despojado y que quizás por eso había entrado en el olvido: Dios... Pero dejemos a Dios en su misterio... Ni ocuparse de Él demasiado ni blasfemar... El caso es que está Vd. en la Torre de Marfil.

—¿Así que esta es una Torre de Marfil? ¡Abajo las Torres de Marfil!

—Pero so loco... ¿No comprende que lo que está encima no puede estar abajo? Su inquina no tiene objeto... Ya ve Vd. si será tolerante la Torre de Marfil que podemos estar reunidos en ella el ladrón y su víctima... Sólo la Torre de Marfil admite esa humildad.

—¿Y aquí qué se piensa?

—Bien lo sabe usted... Aquí se piensa todo lo que Vd. tergiversa, todo lo que Vd. industrializa, eso de lo que Vd. vive pasando por ingenioso sin dejar de ser un político profesional.

—Dígame algo de lo que aquí se piensa para que yo me dé cuenta.

—Bueno, pues verá, aquí se piensa que sólo el genio del azar salva a la vida.

—¿Y no tiene tos?

—Tengo la tos de las seis de la mañana. Una tos inmerecida y fatal... Usted sabe que por medio de la tos se habla con la muerte.

—¡Qué cosa más peregrina!

—¡Cómo se ve que Vd. que tose tanto tose inconscientemente...!
¿Así es que no había notado usted que la tos habla?

—Yo diría que saluda.

—Lo cual es lo mismo que yo digo sino que ya modificado por su picardía.

—¡Vengan más pensamientos!

—¿No nota usted que se está volviendo de cristal?

—No he notado nada.

—Yo sí porque veo que Vd. se está convirtiendo en cristal de aumento de lo que me oye.

—Quizá para saber cómo miente.

—Yo no miento... Mi vida no ha tenido sus viles interrupciones y por eso no he perdido la cuenta de todo lo que dije y por esa consecuencia conmigo mismo no puedo ser mentiroso.

Llegaban anónimos a la Torre de Marfil pues de nada había valido el haber dicho que la Torre de Marfil no era de marfil y que era desde donde se veían mejor y más fijamente los hechos y donde el derecho de ser viviente se ejercía con más vida.

—¡Abajo la Torre de Marfil! ¡Fuera la Torre de Marfil! — decían.

No había servido que dijese que ese mismo receptáculo usado por el egoísta, por el propietario que no atiende más que a sus intereses, no es Torre de Marfil sino cubículo. Para comprometerle gritaban:

—¡Defiende la mentalidad de los especuladores! ¡Ellos podrán decir también “Estamos en nuestra Torre de Marfil”!

Distinguía la mala fe de los agitadores profesionales, de los que saben que el pueblo no verifica si es verdad lo que le dicen.

El hombre de la Torre de Marfil es el único que ve — lo que verán después millones de ojos echando un solo vistazo a la Historia — que su tiempo está equivocado.

Pero nada importa, porque el panadero como un pierrot inconsciente amasa el pan de cada día y lanza el libro blanco que se come.

Es el pan como el pan de ayer y el de mañana y en él está escrita la verdad de cada día, sin dejar que los censores del tiempo entren a inspirarla.

Ese pan nos basta como rectificación a lo equivocado, como conteniendo lo que no está en el error del presente.

En la Torre de Marfil se comprende lo que tiene de salvamento inocentador la aceptación del pan nuevo, del libro blanco, de la conciliación con lo eterno que hay en que no esté escrito en él nada de lo que se implanta como organización de la vida actual.

—Opongo el pan de hoy a la impostura que quiere ser síntesis del hoy.

Con el libro de pan y el idilio inacabable con la mujer que sabe vivir la inactualidad en el mundo actual, el hombre de la Torre de Marfil encuentra el agarradero para no dejarse llevar por la feroz corriente que pretende, cuando hay menos injusticia y menos explotación que nunca, acabar con todo, arrasarlo todo, desarraigarlo, meterlo a todo en un ritmo chico por una premura de justicia y remuneración.

Un terror a que no haya jardines — porque los jardines públicos se sostienen porque hay un depósito de jardines privados en los que no dejan entrar—, y a que llegue la imposibilidad de la imagen que procede también del contraste de lo reservado con lo plebeyizado, hace que la Torre de Marfil tenga nervios de rayo, en oscilación sobre tejados y no quiera entrar en el sueño porque el sueño es como la cesación en la defensa y la entrada en la fábrica común, en la mina colectivizada.

¡Lo que se ha sufrido en la Torre de Marfil! Y no por defender una prebenda sino por defender el hambre ingeniosa, la facultad pura de la fantasía y sus libertades.

Cuando íbamos a poder decir las cosas más impensadas ya no se iba a poder decir más que lo sometido a los plebiscitos.

¡No puede ser! La necesidad de decir “el oro es lo único que ríe

y alegra la pobreza sin quitarla su rango y sin que él pierda el suyo", hará que todo varíe.

—Se quiere suprimir la magia del mundo... una gracia que si no vive como tiene que ser cultivada no podrá ser repartida sino que desaparecerá.

—¿Es que por conservar eso que Vd. llama magia hay que perpetuar la tiranía?

—La gran maldad de este momento, la villanía de sus polemistas es que le hacen decir a uno lo que no ha querido decir... Esa magia no se perderá con la torreocracia.

La Torre de Marfil se defiende de los indios que tienen el papel de vengadores en el mundo, pues lo asiático es lo imponente, lo que yugula la voluntad de categoría. Donde haya un indio todo corre peligro de ensañado asalto, de victoria de la tierra sobre el hombre como si la tierra y el juramento por la tierra tuvieran algo de feroz.

No les puede venir ningún mal a los otros por culpa de la Torre de Marfil donde nunca se hará caso al monstruo que no quiere más que la vida se llene de monstruosidad.

El hombre de la Torre de Marfil es sufrido y se cura las heridas con telas de araña arrancadas de los rincones de su flamante Torre.

Tiene una trompeta de niño para tocar en las horas difíciles.

Tiene un esqueleto con sombrero hongo en un rincón.

Toca el piano de los cristales helados.

Lee las obras para encontrar su mérito o su fe íntima, pero no las acepta por recomendación o porque son las de los que pueden hacer algo por él o las que el catipunán ha considerado obras de moda.

Todo ser en su hora patética se encuentra en una habitación como esta y como acto de locura incomprensible clavará dos pedazos de palo en aspa o en cruz. ¿Es que se salva la hora fatal perteneciendo a un

comité? Sólo el signo — cualquier signo solitario y delirante — nos puede salvar.

No vengáis con tonterías que van contra el menage moderno de la casa, como si vuestras palabras fuesen un desahucio.

En el Gólgota de la terraza del domingo se comprende que nos han engañado ignominiosamente, pues ese Gólgota es un fenómeno proletarial si no hay cantos ni fervores religiosos, si no reluce lo poético, si no se embarca el mundo en los anfiteatros de la tragedia literaria, si no se va a visitar a los locos.

—¿Podrá morir la espera del alba cuya principal vivencia está en que todo sea relativamente injusto? ¿Qué sería de mí si no hubiera cierta injusticia contra mí mismo? Sería como beber el agua hervida, que no sólo mata y esteriliza al que la bebe, sino que además le va volviendo cretino.

Se negará el ámbito a todo hallazgo y no podré pensar que “en el nicho de las chimeneas están los viejos días de París” ni que “la primera luz baja la escalera y llama al portero y le entrega la llave de la azotea”.

No se me ocurrirá, al ver la hermosa mujer con el pelo largo tendido sobre la almohada, que el pelo así es como la sangre del crimen del sueño.

Todo pensamiento tendrá un tope de guardia a su salida y el obrero de la guarda que habrá venido a sustituir misteriosamente al invisible pero vigilante ángel de la guarda, me gritará:

—¡Usted se burla!

—Yo lloro.

—¡Usted es un retrógrado!

—Yo soy un torreócrata.

—¡Ya no hay torreocracia!

—Los mejores pueblos del mundo están gobernados torreocráticamente.

¡Terrible resistencia la de la Torre de Marfil! Se salva porque las balas hacen carambola en el marfil y porque es muy fuerte que una pareja humana se resista a los engaños anonadadores de su tiempo y ella diga "Los nardos caen como ninguna otra flor... como cae lo que viene del otro mundo" y él diga "los nardos caen como dedos de novia".

Si no es para ganar la Torre de Marfil ¿para qué se vive y se compite?

¿Para conversar de bodas y de nacimientos? Pero alguna vez el idilio tiene que ser afirmativo y comprender alguna cosa solitaria e indubitable como que el sobre es una paloma muerta caída en el cesto o, que el no haber muerto da derecho a resistirse a ser anulado por ciertas ideas societarias y sanguinarias.

En la Torre de Marfil no podemos ser engañados por los que mueven a los pobres y a los ricos hacia una mayor pobreza y hacia la muerte.

Como ludiones de nuestra pura botella de agua vemos aparecer y ascender a los que engañan a las multitudes, al señorito que mantiene su señoritismo sobre los anarquistas, a los tuberculosos que quisieran llevarse a la humanidad al valle de los pulmones muertos, a los ambiguos que pescan entusiastas jóvenes tan borrachos ya de torpeza ideológica que es fácil conducirlos a otras torpezas con sólo halagar su congestión cerebral, a los ambiciosos de sinecuras que aspiran a las mayores como pago a la traición máxima a los amigos y hasta a los ideales, y a los que viven de sus mujeres y las venden por cualquier cosa.

¿No será porque allí se les ve como a desnudos ludiones que marcan lo que son, por lo que tiran piedras a los cristales de la Torre de Marfil los que dicen no haber recibido nada y sabemos lo que recibieron en su día?

"Vive sindicado y ten como único objeto de tu vida el pegar el oído a la puerta del sindicato para saber qué has de hacer en cada

momento... Comenta con disgustada impaciencia lo que tarda en suceder, la mejora a que aspiras y si te queda algún tiempo dedícalo a odiar a los que te parece que usurpan el puesto que quieres tener” — así habla la parte tentadora falaz e involucradora del presente, la que ha cambiado toda la libre imaginación del vivir, la que cree que hay que emplear todo el largo día en la repetidora discusión sobre el plan último.

Antes la hora conspiradora era una breve hora y el resto vivía en la distracción, en el alborozo de ver las cosas, en el afán de ver la variada perspectiva de los seres y sus paisajes.

“¡Es necesidad de nuestro tiempo!” gritan en la vecindad de la Torre de Marfil, pero ella con su serenidad demuestra que no es cierto, que se puede afinar el alma para no sentir las resacas de fuera, para no oír los gritos de los legitimistas y de los ilegítimistas de todo tiempo, saciándose con el cuadrángulo de la mesa o el cuadrángulo del libro.

Así sonreía Montaigne al oír a los hugonotes quererle perturbar la vida y la lámpara.

Frente al humanitarismo, que es lo que más ha comprometido a la humanidad, la Torre de Marfil sospecha la degradación y la falsa causa que llevó a esa exhibicionista actitud a los que no saben respetar la vecindad pura del destino, la aplicación de la generosidad a lo más cercano.

La Torre de Marfil pide de nuevo, como eco que conserva de la primera torre, que se ciña más lo humano a su bondad y que Dios sea el resplandor supremo sobre nuestras cabezas.

En la noche de la Torre de Marfil hay un torno que sube criaturas recién nacidas ante las que no nos tendremos que distraer con la limpieza ni la manutención, porque sólo vienen a plantearnos su puro problema.

Todos se distraen en la criatura que amanece en el mundo gracias a todas las triquiñuelas que implica y cuando eso está obviado con la investigación de sus parientes o buscando en el niño abandonado la señal novelesca.

Estos niños recién nacidos que suben por el torno de caracol de la Torre de Marfil traen el bláncor de muerte de la primera vida.

El torreósofo los observa como inquirentes de si la vida es la vida, no la vida distribuída e igualatoria sino la vida novelesca, desigual, en la que valga la pena de configurarse.

Ante ese planteamiento puro, sin declamaciones, de la pregunta sobre la vida que hacen los rorros, el torreósofo ve con claridad que todo lo que no sea mantener la vida bajo las diferencias es engañar a esas vidas que necesitan el programa entero de la vida pintoresca y desigual si han de pasar niñez y adolescencia para vivir.

Ante seres averiados, nicotinizados, rabiosos, a mitad del fracaso de la existencia, no creo que merezca plantearse el problema del misterio y de la trama de la vida.

El responsable de la Torre de Marfil va sacramentando de esperanza a estos niños que se vuelven a ir al mundo por donde han venido ya que el torreósofo les ha asegurado que el mundo continuará tal como fué y tal como tendrá que seguir siendo.

Ese momento consultivo en que se celebra la presentación de los niños es el más trascendente de la Torre de Marfil que es el único sitio en que se presta juramento a lo que en la vida es más importante que su objeto y presupuesto, a lo único que merece la pena o sea su espectáculo.

Ese argumento de los niños que deposita sobre la mesa del torrero el torno inclusero, deja clara y firme la idea de que la vida no tiene por qué ser obsesión igualatoria.

¡Cómo entra el viento por las rendijas de las ventanas de la Torre de Marfil!

¡Es tan difícil vivir sin cobrar el barato de la sabiduría o de la indigencia!

El torreósofo no vivió nunca más que de un exiguo jornal y no

cobró al enfermo más de lo que correspondía, ni dejó desamparado al que no le pudo pagar.

La Providencia protege al que vive como un justo — eso sólo lo puede saber la Providencia — en la Torre de Marfil.

La Providencia es la enfermera de Dios y sabe llegar a tiempo a los sitios como si la hubiesen llamado por teléfono.

Se conmueve ante la Torre de Marfil que siempre está por caerse y llega en el preciso momento en que se iban a doblegar sus biombos de marfil.

—Ya no hay nada señor — nos ha dicho la asistenta.

—Tenga paciencia hasta mañana que vendrá la Providencia.

Más de veinticinco años llevo protegido por la Providencia que sabe que vivo casi como Dios manda en la Torre de Marfil.

En estos últimos tiempos he ganado mucho ante Ella porque cuando venían a decirme “¡venceremos!” o “¡usted es de los nuestros!” yo les decía la verdad antisectaria.

“¡Ya verá Vd. después!” y yo no sentía ninguna esperanza pues sabía que ese después iba a ser igual al antes, con muchos ausentes irreparables y con una mayor carestía de lo sigiloso, de las cortinas amorosas, de las telepatías hermosas, como si nos hubiésemos arruinado de imponderables para muchos años.

Entonces la Providencia se presentó y me permitió trasladar a otro sitio mejor mi Torre de Marfil, es decir, el palio invisible que es el esqueleto de las Torres de Marfil, pues hube de dejar con alegría lo adherido a ella, sus estampas, sus libros, sus archivos.

Tres noches largas rompiendo el lastre del pasado con la ilusión de que en todo lo que había de escribir en el porvenir había de haber más incidencias, más matices, más credulidades aún.

Entonces supe que la Torre de Marfil era volante y traslaticia y

pasé intacto por todos los peligros y mi pasaporte no se llenó de letras ni sellos.

¿No se ha pensado que todo esto se nos quiere quitar, dándonos a lo más lo mismo que tenemos de situación económica ya que no podemos tener menos? De que se nos devuelva algo de eso que es la innumerable ocurrencia de la vida, ni una palabra.

Este silencio venturoso y lleno de posibilidades será un silencio desgraciado y sin ninguna posibilidad como no se llame posibilidad a la despreciable posibilidad que creen los intrigantes del abominable comisariado.

Tenemos que luchar para no quedarnos sin lo imponderable y para eso haremos señales luminosas desde la Torre de Marfil. Señales que mantengan la fe en lo incondicionado, en la suerte de que esté o no esté cerca la farmacia de turno, en la gracia que tiene sorprender de pronto que ese señor que no sabíamos qué cosa rara tenía es que imita a otro señor que vivió hace un siglo y que era igualito a él.

Entre lo imponderable y distraído que nos salva están las presentaciones en el cristal helado de las lágrimas heladas de la que llega. ¿Quién es ella? Es la mujer que sabía que existía un testamento posterior al que la arruinó, pero que como no pudo encontrar ni las cenizas de ese testamento espera hablar con los muertos y que se invente la máquina de escribir especial para que ellos hagan las rectificaciones a los robos que desfiguraron su última voluntad.

En el llanto del cristal estaba ella, inconsolable, fría, arrojada de los comedores de caridad, sin cobijo, ni siquiera un con cuñado al que recurrir.

En la Torre de Marfil se sabe que en el invierno suceden esas cosas y hay viudas que no pueden ni optar a la tumba de su esposo, y eso agranda el dolor de la tierra mojada y mezclada de flores.

¿Es que nadie iba a pensar en eso? ¿Para eso vive el torreósofo en vigilia perpetua?

—¿Pero y la sangre?

—No pensemos en la sangre... Hayamos hecho todo lo posible para que no se vierta... La sangre es infecunda... Más fecundo es el vino, más vale el vino porque el vino puede proliferar sangre.

—¡Es Vd. un monstruo!

—¿Un monstruo porque no quiero beber sangre sino vino?

El diálogo muere en la Torre de Marfil como un recuerdo. No puede ir muy allá porque el torreósofo no le admite contrabando al discutidor.

—Lo único que pasa es que los libros están esperando decir nuevas cosas, pero no cosas que destruyan las otras cosas sino cosas que las añadan remontadura, horizonte y escalinata...

Los albañiles dirigidos por los arquitectos han hecho una cosa que es la habitación que es superior a todo y los que menos pueden atentar contra la casa son los albañiles y sólo puede consentirse el allanamiento de moradas cuando el que valiéndose de que está encerrado en su habitación conspira contra todas las habitaciones y quiere que violen todas las casamatas tan trabajosamente logradas en el azar establecido en la vida.

Haber vivido no es más que haber concertado los pensamientos en esta habitación sin recuerdo de programa social alguno.

Hay que solazarse con los violines de silencio que cuelgan en las paredes y con las cadenas de los perros muertos que cuelgan en las esquinas.

La convexidad responde a la concavidad de la tumba y hay el solaz breve de flotar en el naufragio. Aun no nos hemos ido en el baúl, aun poseemos la flor blanca del yeso, aun "mujer", quiere decir poderla

echar los brazos al cuello y que caigan collares de yemas de dedos a espaldas de la soledad.

—No pienses en nada dominador... Desmáyate de estar escondida.

—Mira cómo van pasando las páginas en el facistol del tutor que vigila las parejas.

Allí se aprende lo que no está en ningún libro ni tampoco se dice en las reuniones: que hay arañas desconocidas que salen de nuestros escalofríos y que lo más terrible de la vida es cuando los calcetines se comienzan a remeter bajo el talón, como si se nos quisieran escapar del pie; ¡señal aciaga! A cuidarse mucho cuando eso suceda, a cerrar y a abrir los ojos y a tomar la medicina de urgencia.

¿Y qué vamos a hacerle si también crecen las patillas en la Torre de Marfil, unas patillas intonsas y de garabatillo?

Un día sube la Magdalena de las Torres de marfil.

—¡Quiero saber en qué consiste el mundo!

—En habitaciones cerradas, en bohardillones como éste.

—Es que me han hecho creer que había un reparto de riquezas.

—No haga caso... Cuando se reparte la riqueza lo más triste es que ya no es riqueza.

—¡Quisiera irme a una celda!

—No hay mejor celda que la de la habitación que nos haya tocado por chica que sea.

—¿Pero, qué hay aquí?

—La paz... ¿Le parece poco?

—Yo quisiera más cosas... Sino me aburro.

—Mientras no se arrepienta de su aburrimiento no estará divertida.

—¿Y es ésta la tan cacareada Torre de Marfil?

—No es cacareada nada más que porque los gallos la llenan de su canto en la madrugada.

—¿Tanto vela?

—Velo para que caigan de las paredes los papeles que amortajan al día que se va.

—¿Periódicos?

—No. Hojas escritas en el lenguaje de Dios.

—Me quedaría.

—No puede ser... Por que ya hay una mujer que llegó antes.

La Magdalena de la Torre de Marfil se va y sonríen niños en las paredes y la novela sigue ausente del robo de la calle donde casi todos se sienten ahora ladrones y criminales que andan sin más vida que su sonambulismo de criminales, su obsesión de ladrones.

En la Torre de Marfil cada cual puede morir de su muerte, la muerte que es suya, no la muerte súbita e impuesta por los demás, sino la muerte que inclina la cabeza a su hora, la hora no sabida entre las horas.

“La vida — diremos en nuestra despedida — fué un dulce encierro entre cuatro paredes sin querernos comer a los demás y sin querer deshacer la clínica dental a los dentistas”.

Molde de ecos la Torre de Marfil trabaja en recibirlos, en aceptarlos, en sostener lo que tiene la pared de consolador para apoyar la frente. Los grandes ambiciosos pasan por nuestro lado. No saben lo que quieren sino que quieren más, mucho más, lo que sea a costa de lo que sea necesario. No se contentan con tener paraguas. Quieren mandar en las Fábricas de paraguas y gozar de sus beneficios.

Sabemos de sus cenas con otras gentes capaces de todo y que han caído en cuanto malo y repugnante se puede caer.

El espía nos trae noticias:

—Estaban todos conformes en todo... Yo dije: la poesía escogida no la comprende el pueblo... Ellos dijeron que sí y se quedaron callados, hostiles, como si su misión fuese creer en las cosas sin discusión, torvamente.

No se sabe nunca cómo se va a sostener en pie la Torre de Marfil

pero esa es su mayor firmeza y hace sospechar que el mayor tesoro del hombre es sentir el ruido del tiempo y no saber si ha muerto ya, si ya murió, o si vive en el día después de muerto. ¿Sabéis lo que se gana en desinterés teniendo esa idea?

Ese hombre feroz que vive como si fuese a vivir siempre, equivoca todos los goces, no da más que ideas feroces a los demás, no sabe nada del voto de pobreza absoluto y por lo tanto está queriendo salir de su pobreza — siempre se creará pobre — y se valdrá de la rebeldía de las demás pobreza para amenazar con la revolución y conseguir la prebenda de la jefatura de las pobres víctimas propiciatorias.

Vienen los huídos de la calle que traen a la Torre su pánico personal:

—Hoy está el día lleno de guantes. Llueven guantes inútiles...

—Cálmese... No hay que provocar las iras del cielo porque no es lo peor que caigan guantes sino que caigan bombas.

—Vi luz en la Torre de Marfil y vine a guarecerme.

—Podía usted tener otra Torre. Todo el mundo puede tenerla. Basta soltar las anclas de las orejas, de los ojos y de la nariz... No crea en la calle más que como en un espectáculo... No lo espere todo de ella... No se cite en los Bares pobres para tramar el acabóse.

Las conspiraciones contra la Torre de Marfil son muchas, pero que no se enorgullezcan los capitanes de milicias, porque allí se está distraído en el problema que borra todos los proyectos y las leyes, el problema de saber de quién son esos números de teléfono que no se explican entre los papeles encontrados en el bolsillo.

Lo único que no admite la Torre de Marfil es el engaño femenino, pues en el cristal ha de ser cristal lo que se trasparezca. No se necesitará perder la soledad si esa soledad ha de estar envenenada por la sombra verde.

¡Nada que se atravesase entre la mirada y el mar de las vetas de la madera, con los meandros de sus nudos!

“Se está llenando en este momento el ilimitado infierno”, es la paradoja imaginativa que aparece en nuestra frente cuando se hace la noche. ¡Que tiemblen los que tengan que temblar! Lo peor que se ha hecho durante estos últimos tiempos es dispensar de temblores a la humanidad y por eso la han engatusado los osados homicidas.

Desde la Torre de Marfil hay que arrojar sobre las gentes ondas de temor antes de que suceda lo temible.

La máquina de ondas que posee el-torrero es la gran riqueza de la Torre de Marfil, pues todos los demás adornos del torreón sobran y pueden ser arrumbados.

Con decorado de cromos malos puede ser alhajada la Torre de Marfil, que no es refugio de robinsonismo porque el torreósofo no puede vivir sino en medio de la ciudad, bajando a los mesones populares y a los otros, hablando con todos, observando la calle.

Allí, en esa galería de fotógrafo en que no hay encargos, se sigue la revelación de la fotografía de cada día en la parturencia albal.

Así hay alguien que sostiene desinteresadamente la estabilidad de lo creado.

Llega otro que pregunta:

—¿Y hoy a qué ha estado dedicado?

—Hoy a pensar que la culpa de toda lucha la tiene el horror al trabajo que es tan fuerte como el horror al vacío... ¡Y si fuesen a dejar de trabajar el día de sus supuestas victorias! Pero van a trabajar más... Nada les convencerá sin embargo porque la cólera del horror al trabajo les mantendrá en ánimo de homicidio.

—¿Y eso ha sido todo?

—No... También he estado buscando lo que significa el metal en el sentimiento de la vida y cómo ayuda a vivir el que la mujer haya limpiado los metales de todos los picaportes... Por llevar siempre relucientes sus metales el barco vence al mar.

—¿Es usted masón?

—Nunca lo fuí... Toda sociedad secreta conspira contra la Torre de Marfil.

El entrometido hablaba como el que viene a robarnos el mundo exterior, dispuesto a dejarnos sin ciudad y sin rincón de campo.

Se trata de malvados que nos quieren corromper las oraciones, que nos quieren regalar la máscara que ellos usaron en un carnaval y que huele a su aliento de mentira.

Aprovechados de la inseguridad del vivir — incertidumbre eterna — quieren inquietar la vida amotinados contra las estatuas.

¿Incertidumbre del destino? ¡Pues a romper estatuas!

No.

Los que tienen la culpa son los agentes provocadores, los urbanistas y las señoritas simpatizantes, microbios que se escapan a todos los filtros y que se alimentan de la pobre gleba crédula y mártir, ayudados por la distracción de los coches aerodinámicos y por la vida de sombras que parpadea en la luz de los cines.

No han pasado aún bastantes siglos para arreglar y revelar las riquezas del pensamiento ni para — en estado de categoría libre — llegar a la perfección del hombre y de su fantasía, perfección que sólo en esos estados de gusto y gracia se puede alcanzar. ¿Por qué entonces avanza la multitud fuera de tiempo y no con su discreción temporaria sino con una indiscreción energúmena?

Eso no puede ser, eso es un alarde mentiroso, no hay nada que justifique ese sobresaltar lo que aun queda de divino sobre la tierra.

En el mundo de los Faraones, en el de las Repúblicas antiguas, en el de los Césares, en el de los príncipes, siempre había un margen de vida libre, creadora, en la que todos podían ser artistas y que ahora es anulada y queda por primera vez prohibida por los seres más mediocres.

A simple vista ve el hombre sereno que no está agotado el mundo tal

como vagamente está constituido y que aun le quedan muchas luces que dar y que está sólo en el principio de su elucubración y sus invenciones.

Todo en todo son posibilidades y se puede esperar mucho de eso. Nada tenemos seguro ni casi nada inseguro, pero no podemos estar en ese último estado preconizado en que se pierde la esperanza con que asistíamos divertidos y ávidos al espectáculo de la actualidad.

La democracia tiene un límite en su propia esencia. Las mayorías fueron aceptadas porque se las supuso sensatas, abnegadas, dotadas de cierto romanticismo, pero sin sospechar que las mayorías se conciliaron para el error, para la superviolencia, para la peor de las tiranías, para el abuso del poder, para hacer la forzosa más cruel a las minorías. Si la fórmula de un pueblo es suicida no se puede aceptar esa fórmula por que basta la razón de un solo hombre que no quiera suicidarse para que esa fórmula sea inadmisible.

Una doctrina no puede variar los tiempos. Los tiempos sólo pueden variar por una superación nueva, por una superación de la vida — no es superación la repartición en partes alícuotas de lo existente — o una revelación de Dios.

Una doctrina civil o una teoría económica pueden ser obviadas, retrasadas, olvidadas.

Todo esto sólo puede ser pensado en la Torre de Marfil, que es donde radica la Cruz Roja del pensamiento.

—¡No queremos esa Cruz Roja!

Ese grito es inaudible y no se puede dejar luchar a los demás sin el alivio de la Cruz Roja ideal.

Hay que conceder la inmunidad suprema a esos voluntarios de la Cruz Roja del espíritu.

La persecución con registro domiciliario absoluto, sin excepción, es lo que más repugna a la innata imaginación liberal del hombre.

—Esa es una vuelta atrás — oigo que dice alguien sin saber que la vuelta atrás está consentida en muchos casos.

¿Habría vuelta atrás parecida a la que impone una buena escultura? ¿Y cómo se va a intentar prohibir esa vuelta atrás que consiga la gloria neta de los griegos?

El hombre de la Torre de Marfil es un escritor y el escritor tiene que ser el testigo libre de todo compromiso, que no sea su conciencia, su pensamiento y la observación de todos los tiempos.

El escritor tiene que definir la época y poder decir que es una época que se va a quedar sin nada por intentar el robo de todo.

A la Torre de Marfil no la han robado sus sueños, sus predilecciones, su facultad de apagar la luz cuando quiere, cuando todos están muertos en su sueño, cuando no hay camaradas obligatorios, cuando se sabe que el pasar por la vida es saber bien que se pasa.

—Todo será multitudine.

—¿Y entonces los solos de violín?

—Se suprimirán.

—¿Pero no comprende que sólo en los solos de violín oímos todos la inquietud de una sola alma, porque sólo una sola alma nos da el espectáculo fértil? Precisamente el coro de muchas almas es lo que más compromete al alma.

No es posible que le crean al de la Torre de Marfil los que hicieron bajezas sin cuento. No pueden ya ascender a la Torre de Marfil.

El de la Torre de Marfil no vive sólo de su polémica sino de sus hallazgos puros, de saber que el día de la revolución mueren los pájaros de los biombos y se borra el dibujo de las calles y sólo queda el hormiguero subterráneo.

Tenemos que estar dedicados a pergeñar ensayos como ese titulado: "Las flores consideradas como eternas" y no podemos perder la memoria de los acuarios de relojes que recordamos de la calle.

Hay en la pobreza del mundo, tal cual es aún, una riqueza compartida contra la que van los que quieren que se vuelva a la oscura tribu, inutilizando la vida, celebrando una liquidación epocal .

Yo diría que lo que se ha logrado es arruinar la pobreza. Se quiere que además del hambre que no puede ser abolida, se tenga la incomodidad suprema, la sujeción al silencio, y que por cualquier sospecha sobre cómo administramos nuestra hambre, ya sin posible cambio de fortuna, se tenga el vientre lleno de balas.

El torremarfileño es ese alguien que debe decir lo ideal compen-sándonos de que nos haya tocado una época tan fea.

No se cree el hombre de la Torre de Marfil en un mundo condenado, sino que cree que es imperecedero el piso alto sobre el piso bajo.

Cree en el tiempo y considera que el reloj contribuyó al nacimiento del niño, que tuvo que haber dolor de madre, inquietud de padre y reloj. Todo para entrar en el dudoso y ofuscado vivir, pues vivir de verdad, el vivir que merecería la pena sería vivir después de haber muerto, asomarse así al amanecer de la ciudad cuando el pescadero parece vender peces desmayados.

Aprovecha las horas en que nadie se ocupa de los demás, horas de nadie que él convierte en horas de todos aumentando el peculio de la existencia contemporánea.

Aun sin Torre de Marfil, como deber que se tiene para el espíritu, todos debían dedicarse a la contemplación desinteresada, el recurso supremo y barato del vivir.

Nadie contempla nada en estos momentos o a lo más se dedica a esa falsa contemplación que se llama la contemplación del porvenir.

La vida en su afán de paz es ancha e interminable, se redobla, aumenta sus recursos. Nadie se puede imaginar ya de lo que está llena la paz recalcitrante. Recuerdo el 1905 como un año de paz conseguida.

La pobreza era tan grande como siempre y sin embargo la anuencia de la vida era magnífica.

En la Torre de Marfil se ve todo el panorama, desde la playa de los huevos fritos hasta la tontería de ir de viaje.

En la Torre de Marfil — he visto zapateros de portal con Torre de Marfil — está recuperado el sentido de lo humano y se aquilatan los goces — que no porque sean incomprensibles para algunos son menos goces — y que alargan el capital de nuestra vida. ¿Os habéis dado cuenta de lo que significa de armisticial y grato el oír por Radio, anunciar por ejemplo el Almendril Brancato? Esa sensación de sustancia que vive bautizada alrededor nuestro compensa a las almas bien nacidas. ¡A ver filósofos! ¡A cosmogonizar el Almendril Brancato!

En la Torre de Marfil nos damos cuenta de que somos seres reimpresos y tenemos corazonadas que nos han salvado más a tiempo que a los demás, como tener de pronto el recuerdo del cesto de mimbre de la ropa sucia y sentir que nuestra cabeza caía en él como cortada por la Gilette de la Revolución.

En el laboratorio de la Torre de Marfil se comprende que se han inventado cosas nefastas como esos armarios de metal para guardar los trajes durante el trabajo, que son los ataúdes de la jornada, los encarnizadores de lo proletarial.

Siguen subiendo a vernos necesitados de optimismo, jóvenes a los que no se va a decir, para hundirles más, que asistan a las lecciones que dan en tal cátedra o que lean tal libro sobre la violencia. En la Torre de Marfil se les dan consejos como éste:

—Vaya por los alrededores del Conservatorio de Música... oiga esas notas de canto o de violín que se escapan por las ventanas... Eso es lo que más idea da de que continúa la vida y de que se prepara para el bello canto y para la bella música.

Hay que reaccionar en este momento de tal modo contra las malas compañías que a veces hay que dar a los “urgentes” un consejo sombrío:

—Preferible es que vaya a las iglesias joven... Allí puede comenzar otra vez la vida futura y hay en ellas miedo, arrepentimiento, dignidad tenebrosa.

Resplandece para mí la Torre de Marfil porque sigue siendo el sitio de que pueden echarme mañana — no se ha consolidado ni trasladándola de sitio — pero en el que se puede decir y escribir lo que se quiera.

Todavía la misión del torreósofo es limpiar la luna de ese empañamiento con que aparece a primera hora y que quiere decir que nos ve mal a través de su monóculo empañado y nosotros queremos que nos vea bien la luna porque es la que hace justicia en la tierra.

Es tan pobre y minúscula la marfilidad de la pobre Torre que cuando la resumo en mi imaginación me parece como el remate trabajado de uno de esos manguilleros de las plumas en que el marfil está calado por la paciencia china.

Las comunicaciones de la Torre de Marfil son inalámbricas y secretas, descubriendo que el latrocinio es el fruto de tal idea, que hay quien no vive más que del recuerdo de una servilleta caída, que no hay mejor augurio que un lápiz nuevo con sus dos ojos de pájaro aun intactos, que los chinos mueren con tanta facilidad porque son los que se parecen más a la muerte.

Los embajadores, que son los que viven en las casas más antitorre-marfileñas, entre tibores prestados, telegrafían a sus gobiernos en telegramas cifrados:

“Habitante Torre de Marfil tira hilos dorados casaca y celebra desdoro sutil dejando paño sin galones y sin la orla chambelán nuestro uniforme”.

El torreósofo tiene que decir cosas urgentes: que la iniciativa de

la acción directa hay que evitarla en su más leve síntoma porque no puede una idea nueva variar todo lo que fué difícilmente superpuesto. Que la agresión de esa teoría extralimitada merece todas las armas en la defensa y hasta en la pesquisa. Que hay que meter a la multitud en sus límites, pues si no sucede como en Harlem, que surgen los fenómenos de frenesí por un nombre o por cualquier temor o por cualquier idea enarbolada como coco por los propaladores. Que hay que desconfiar de los agentes del gran banco inoperante, pues deben sonar a estafas sus promesas.

No se puede burlar al Tiempo sino poco a poco, pues si no se le irritará y nadie debe sorprenderse entonces de que salten los techos de las casas. La defensa almacenada en las piedras viejas sólo es ignorada por los incautos.

La Torre de Marfil sospecha siglos de esclavitud sin dueño, esclavitud en luto de patronos, la esclavitud huérfana y sin templos, la peor de todas.

Hay que evitar que todo se organice mezquinamente porque no se adelantaría nada y porque entonces volvería a brotar como ilusión lo que se dió por anulado y surgirá la verdadera duda y el temor del infinito y, con más exigencias que nunca, la soledad, la pasión y la idea de la muerte, más pavoroso todo eso para las almas pusilánimes que no se podrán librar del temor de la muerte ya que no se libraron ni las almas fuertes de los genios libres de todas las épocas.

Solo vencido ese momento se eslabonará la literatura del pasado con la del porvenir en el mismo plano de inquietudes, quedando como una ominosa paradoja la del presente, menos en los que en la Torre de Marfil proclamaron lo perdurable.

Se ha creado un ocio grande y vacío que el observador no sabe para lo que ha servido como no sea para contemplar en secreto la fría pistola.

No podemos colaborar con lo que puede acabar con todo lo nuestro, pues hay un analfabetismo tan rabioso que no sabe que el arte es superior a toda rencilla.

La vida llena de idealidad, distraída con lo innumerable, sin la congoja de una sola obsesión pudo y puede vivir con la miseria y la lepra.

Los promiscuos, los tuberculosos rabiosos, los que viven de la mujer, se encuentran bien en esa vida mediatizada e inadmisibile en la que esperan salir de su fracaso. Nosotros por el contrario no podemos admitir esa vida estéril, antinovelesca que no se realiza hacia arriba, hacia la superación.

Se ha demostrado que esa atmósfera propiciada es infecunda, triste y suicida para los espíritus sobrepuestos que son los únicos que con sus obras de temas inesperados y generalmente inactuales, calman nuestra sed íntima y profunda. ¿Por qué pues empeñarse en creer en ese vivir colectivo y estarlo supeditando todo a su propaganda, cuando ésa será nuestra muerte y la muerte de lo que nos interesa y nos hace vivir la vida sin la única náusea insoportable, la náusea de lo anodino?

Claro que ellos mismos se han atajado en el camino pues han exacerbado la pasión de conservar que es la más fuerte del mundo, la fuerza infusa y latente del vivir, una fuerza más implacable y victorial que la iconoclastia.

El torreósofo está frente a todo para advertir con imparcialidad a los demás, pues asomado al mundo desde el medio día espera a la seis y media de la mañana a que el compás de las manecillas del reloj esté en forma de trazar la circunferencia final del día, cuando los albañiles que quieren ser los reinantes se preparan a comenzar.

El de la Torre de Marfil no se alistó jamás a ningún partido y siempre les llamaba la atención a los especuladores de la epilepsia popular sobre el gran sector de humanidad con el que no querían contar y del que se sonreían.

En esta última catástrofe que me ha lanzado a cuatrocientos mil kilómetros lejos del epicentro, me he dado cuenta, me he convencido de que no existe el paisaje, ni la ciudad si los hombres se empeñan.

No había en mi país ni un rincón de liberación, ni un apartado rincón en el que aislarse del mundo. Todo estaba violado por la insidia de los hombres.

Sólo existe paisaje y ciudad si se mantiene quietos a los hombres, si un mundo, de alguna manera tradicional, es sostenido y respetado por todos. Sólo así podrá verse el paisaje y la vida.

O los hombres son argamasa y árbol o todo lo que es ciudad y paisaje llega a no existir, a no ser, a no estar presente. Por eso hay que procurar retener en su orden a los hombres.

Nadie se daba cuenta — hasta la experiencia de España — de lo fácil que es que todo se vuelva desértico, rasero, sin aliciente ninguno para vivir, pues lo de menos es que la vida esté llena de trabajos, lo importante es que la vida esté llena de inquietudes, de quinta dimensión, de diversiones supremas, de desinterés.

Hay que tener cuidado con la llamada trasmutación de valores, pues es mucha mayor desgracia la que se provoca variando todas las líneas difíciles y genealógicas, que la desgracia que había antes de trastornar esas líneas cuya sinuosidad es irreconstruible si se destruye, no pudiéndose por lo tanto aventurar su artilugio.

Torre de Marfil es estar en el sitio en que no temer que las hordas lejanas vengan a exterminar a las hordas cercanas. En la Torre de Marfil no perderán su personalidad libre de hoja penal los seres de buena voluntad. ¡Cuidado con la histeria del crimen!

El crimen mayor que se puede hacer contra Adán que es el hombre prototípico y solitario — la unidad siempre imperante aunque tenga muchos ceros detrás —, es el ser obligatoria y forzosamente transtornado en una guerra civil.

Por eso ante lo que pueda suceder no nos mezclamos sin sentido a cualquier cosa. No nos mezclamos de ninguna manera a los que no nos debemos mezclar de ninguna manera.

Todo quedará deshecho como cuando acaba un mundo — como cuando acabó Cartago — cuando las Torres de Marfil se tambaleen. La raíz del mundo está en ellas más de lo que parece y su tambaleo es el síntoma más categórico aunque sólo sea un reflejo de que la destrucción progresiva se avecina.

La salvación de todo no está más que en la decisión de la víspera. Temblamos por lo que pueden hacer que suceda los demás hombres. No nos dejan vivir el idilio con el tiempo y la vida.

Si nouviésemos el sobrecogimiento de que nos van a rozar, soporiaríamos la vida mejor, daríamos con lo que significa el ruido de agua del tiempo que hay en la noche.

Sólo aspiramos al acto de constatación crítica y que se nos permitan describir visiones de nueva estructura, de nuevos programas de bienestar, de — si es necesario — evocar al pasado con nostalgia de lo que en él fué acierto de fórmula de vida o de trato social.

Cuando el hombre ha pasado por una experiencia como la actual se debe a una mayor veracidad. Si insiste en la doblez no tiene perdón donde se le encuentre.

La verdad es que ha habido un momento en que todo ha ido a acabar y los puros escribas que se sostienen desde antes de Egipto vigilantes ante lo que pueda ser mentira, vieron que su papel se ennegrecía, su vista se nublaba y el cálamo resultaba inútil. Lo puramente desinteresado, lo que era espera de horizontes sin nombre, se llenaba de sombras amenazadoras, del peor feudalismo: el comisarial, el de los veinte mil tiranos inderrocables.

Entonces el pájaro de la Torre de Marfil sin excesivas estratagemas, — todas las estratagemas son justas en la evasión — sin demasiados

impedimentos, sin tener que faltar a nadie, logró encontrar una nueva Torre de Marfil.

Sabe la conciencia del torrefacto — ¡es mucho repetir torreósofo! — que no hay en ella la vergüenza de haber incitado lo más mínimo a la catástrofe y si se trajo a otro sitio su revestimiento y su carpa no se le ocurrió ausentarse y ser además pagado por eso.

Menos mal que se salvó y que no le sucedió lo que les sucedió a los pitagóricos masacrados por el pueblo por que estaban en sus torres contemplando los astros.

Al restaurarse todo, sólo el espíritu de la Torre de Marfil no estará enceguecido, no será alalo ni loco ni vesánico y podrá decir después cómo se puede reanudar un tiempo en otro.

En el porvenir habrá que fomentar las Torres de Marfil y habrá Torres de Marfil baratas.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

NOTAS

DONDE LO CÓMICO NO ES POSIBLE

¿“Las cosas son porque quieren ser y porque lo merecen”? No. El orden de las cosas es orden de humildad: no obstante la plenitud de su merecimiento, las cosas no se atreven a querer ser; y, precisamente por eso, son: porque su merecimiento es cumplido y porque no hay en ellas un querer que, determinando una falta de adecuación, impida el ser. No habiendo en las cosas falta de adecuación, queda por lo menos asegurada la posibilidad de su ser; pero eso es sólo dignidad lógica; si del ser posible se pasa al ser real, el ser posible debe colmarse: ése es el merecimiento.

No hubo, tampoco, otros posibles que aspirasen al ser; ningún posible puede aspirar al ser, salvo en el orden del espíritu. Las cosas se realizaron sin aspiración; y únicamente por ello se les dirá “mejores”: porque son las más humildes — sin querer alguno, a pesar de su cumplido merecimiento.

Se nos ha dicho que la eternidad del mundo sólo se justificaría como fenómeno estético, y que la voluntad es lo inestético en sí. Lo estético en sí habrá de ser, entonces, el merecimiento (pues la otra posible determinante quedaría excluída): el orden de lo real sin voluntad, el orden de lo real sin tiempo.

Lo real sin tiempo es la infinitud, y su expresión la arquitectura. La arquitectura es, en su último sentido, arte *previa* al tiempo; o, si se prefiere, el suyo es un tiempo sin “cuando”, como aquel en que se cercaban los abismos “con ley cierta y círculo redondo” (Proverbios, VII, 27); aquel en que las cosas fueron por sólo merecerlo, libres de la soberbia del querer ser.

Pero tenemos otra determinante del ser: la voluntad. En vez de cumplirse, de realizarse en sí misma, busca la alianza del merecimiento, ya que éste le

ofrece un modelo del ser. Se da entonces una posibilidad de inadecuación entre las dos determinantes que, por sí solas, realizarían el ser. Nuestra vida — pasión agregada a la necesidad, según la hermosa fórmula de Santayana — es una falta de adecuación de las dos determinantes.

El verbo — coincidencia primera entre el merecimiento y la voluntad, ser más que abundante — se mostró antes que en carne en número: puro merecimiento sin pasión, ser cumplido y en sí perfecto. En la armonía de las esferas está la realidad de ese merecimiento; pero ¿por qué entenderla como música? Atribúyase a esa armonía pasión — voluntad, además de merecimiento — y la vida no vendrá a poner en ella nada distinto: será apenas un énfasis que, aun cuando se acentúe indefinidamente, no podrá desprenderse ni afirmar su independencia. Con su “universo, máquina de hacer dioses”, el filósofo confiesa una concepción en que el hombre es simple momento enfático de las cosas; si nos habla de libertad, de afirmación espiritual sin compromisos, ese filósofo se refugia en la ilusión didáctica: aísla lo que no se da aislado.

Agregada al merecer, la voluntad no tiene vigencia propia; pero si puede renunciar a todo merecimiento, también su cumplimiento será posible. Aquel compromiso es el pecado que veda acceso al ser, porque se efectúa en el orden del tiempo — o de la existencia —; y tampoco el tiempo tiene vigencia propia, pues se apoya en lo que tiempo no es. Cuando renuncie a todo merecimiento, la voluntad verá su cumplimiento, que es también el cumplimiento de los tiempos prefigurado en el Apocalipsis.

Sólo cuando falta adecuación entre la voluntad y el merecimiento puede darse lo cómico; es decir, sólo en el orden de la existencia. La arquitectura no puede ser cómica, por la misma razón por la cual no puede ser cómica una cosa, no puede ser cómico el ser merecido — el ser determinado sin intrusión de la voluntad —. Todos coincidieron en indicar que lo cómico resulta de una especial contradicción. La contradicción no se da sino en el tiempo (el tiempo es la contradicción misma como existente, decía Hegel); sólo en el tiempo podrá darse lo cómico. No en la arquitectura.

Lo cómico es una categoría aplicable a la falta de adecuación en que la existencia consiste. La arquitectura — digamos, ahora, previa a la existencia — no puede ser cómica, porque es expresión del merecimiento cumplido, de un ser sin contradicciones, necesario. Su absoluta racionalidad (ésa es, tam-

bién, la palabra) excluye la presencia de lo cómico. Tanto más racional cuanto más pobre (y lo cómico es una manera de exceso); cuanto más franca (y lo cómico es una manera de engaño): limpia pobreza de la columna dórica sin éntasis ni plinto; clara franqueza del frontón.

La voluntad es también, no agregada al merecer, determinante del ser. Agregada está en la existencia; pero deberá renunciar al compromiso, ser pasión depurada, pura, y ubicarse no en el orden del tiempo sino de lo eterno. Menos humilde que aquella arquitectura, menos cumplida, la voluntad invoca la ayuda del merecimiento; y no descubre, en esa su abdicación, que también ella es determinante suficiente del ser: de ahí que se entretenga en la pereza del compromiso. Cuando se resuelva en el orden de sí misma, tampoco entonces podrá haber inadecuación. Es decir, cuando haya imitado el ejemplo del merecimiento: cuando sea pasión solitaria, pasión en que, como en el merecimiento, lo cómico no es posible. (Pero no por eso expresable en la arquitectura, pues la pasión no significa necesidad sino libertad. Danza, como ya dijimos otra vez).

“Pasión agregada a la necesidad”. Ahora se justificaría que explicásemos: abismo entre el merecimiento que para llegar al ser no necesitó pasión, y pasión que para llegar al ser ya no necesita merecimiento. Extremos donde lo cómico no es posible.

Concluyendo más rigurosamente: lo cómico no es, aunque exista. ¿Aunque? Más rigurosamente aun, y sin estrépito: lo cómico no es, porque existe. Sólo existe lo que no tiene acceso al ser: lo contradictorio; lo cómico, lo que está en el tiempo; el exceso y el engaño. También las humildes cosas son, sin existir. Y quizá el sentido de alguna vieja disputa residió en esto: en que unos negaban el ser, porque el ser no podía existir, y otros negaban la existencia, porque la existencia no podía ser.

VICENTE FATONE

TRES PUEBLOS MÁRTIRES

A Monseñor Yu-Pin, obispo católico de Nankin

Tuve ya ocasión de hablar sobre el pueblo vasco y sobre su actitud religiosa, social y política en la guerra civil española.

El significado profundo del papel trascendental que representa el pueblo vasco sólo podrá ser comprendido dentro de medio siglo. Entonces se verá que Euzkadi cumple una misión divina: es el testigo ensangrentado de una sociedad cristiana fiel a sus principios, de una "cristiandad" que no claudicó.

Con la campaña calumniosa sobre la destrucción de Durango y de Guernica, se quiso transformar a la víctima en victimario. La conciencia del mundo ha respondido ya.

Con aquello de la "alianza del separatismo y del comunismo rojo" se quiso corromper la causa del sacrificio. Los hechos han probado que no hubo "alianzas" de doctrina ni hubo más "comunismo" del que hay en todas partes.

Este problema, sin embargo, se relaciona con el de otro pueblo mártir al cual se le hiciera el mismo reproche. El pueblo chino se está desangrando. Millones de hombres son asesinados en una de las guerras más típicamente injustas que han existido nunca. La propaganda oficial "nacionalista" habla de la cruzada liberadora anticomunista. La más simple observación, el análisis más rápido, son suficientes a la conciencia moral para "ver" el crimen. No es necesario acudir a los obispos de la Iglesia católica para ello.

Pero hay una pereza intelectual y moral que sólo ve injusticias cuando la jerarquía religiosa pone el grito en el cielo (y aun entonces sabe hacer oídos sordos). Afortunadamente la Iglesia de Cristo cuenta con obispos (más de los que se piensa) que gritan la verdad.

En Euzkadi el clero ha sido el primer perseguido, y 18 sacerdotes fueron fríamente asesinados, porque eran cristianos, porque eran sacerdotes, porque eran vascos y porque *vivían* con su "pueblo". El obispo de Vitoria, desterrado, lleno de repugnancia e indignación, escribió lo siguiente:

"Desde Franco hasta el último soldado debieron... besar las huellas de las plantas de esos sacerdotes. No es posible que yo calle; yo no puedo ofrecer el menor pretexto para insinuar la menor justificación de los fusilamientos consabidos. Desprecio más grande... jamás ha sido visto en nuestra diócesis,

donde las autoridades de la República... han guardado con el clero consideraciones positivas".

En China, misiones católicas han sido arrasadas por las bombas. Se asesinó a un obispo y a veinte sacerdotes. Se persigue a centenares de sacerdotes católicos y protestantes: la "cruzada" anticomunista exige sacrificios accidentales e inevitables.

Pero China no sólo tiene por presidente y generalísimo a un cristiano practicante, casado con una mujer de elevadísima vida espiritual. China, pueblo mártir, se ha visto bendecida por la mano de Dios en la persona de su obispo. Y el sucesor de los apóstoles no ha callado. El sucesor de los apóstoles ha sublevado las más recónditas y profundas reservas de dignidad moral que había en el mundo. Recorriendo los principales países europeos, Monseñor Yu-Pin, obispo de Nankin, ha hecho vivir en la conciencia cristiana uno de sus más cristianos momentos.

Monseñor Yu-Pin habló de los horrores que había visto, de los crímenes cometidos en nombre de la "civilización", de la "patria" y del "orden".

Respecto a la existencia del comunismo en China, dijo:

"Los japoneses dicen que combaten al comunismo en China. Os afirmo categóricamente que no existe más el partido comunista en China. ¿Si es el comunismo lo que el Japón combate, por qué va a combatirlo en China en vez de ir a Rusia?"

"Corremos el peligro de que el comunismo renazca debido a la invasión japonesa..."

"Un buen católico no puede ignorar la justicia de la causa que defiende el pueblo chino".

"Recientemente un misionero belga celebró misa en una provincia donde los ex-comunistas estaban de guardia. Todos los jefes de este ejército asistieron a esa misa, incluso el antiguo Napoleón del ejército rojo, el general Tchuteh".

Pero Monseñor Yu-Pin ha ido más lejos. Ha sentado doctrina. Habló como obispo en cuestiones de justicia y de moral. Habló como obispo católico de la "alianza" con el comunismo. Y eso es de fundamental importancia. La doctrina católica expresada por el obispo chino se aplica a China, como se aplica al pueblo vasco, como puede aplicarse mañana a nosotros mismos.

Ante la objeción hecha a China de ser aliada de la U. R. S. S., el obispo responde:

“China se defiende contra la injusticia que ha cometido con ella el injusto agresor que es el Japón. Aceptamos cualquier socorro para defender la justicia”.

El Papa, pocos meses antes, había escrito en la *Divini Redemptoris* que el comunismo era “intrínsecamente perverso”. Era perfectamente claro que Su Santidad se refería a la *doctrina* comunista, y únicamente a la doctrina. No faltaron quienes, una vez más, explotaron las palabras del Papa para justificar el crimen y la injusticia.

Yu-Pin, con nitidez meridiana, elimina toda posible duda:

“No hay en el mundo pueblo intrínsecamente malo. Los pueblos, como las personas, se caracterizan por la moralidad de sus actos. Si un pueblo cristiano comete una injusticia, mientras que otro oficialmente alejado de Dios trabaja para impedirla, aprobaré esta última actitud y no la primera”.

Estas son quizás las palabras más importantes pronunciadas por un obispo en los últimos años. La alusión que encierran, por otra parte, es de una transparencia que no precisa comentarios.

“No tengo ninguna simpatía por el comunismo, pero no hay que decir lo mismo de las personas que son comunistas”.

Y, finalmente, estas frases lapidarias que debieran ser escritas en granito, frente a todas las iglesias del mundo:

“Yo, obispo, tengo el deber de buscar la justicia y de defenderla. No tengo por qué ocuparme de “intereses” humanos o “religiosos”. Comprendedme bien: yo no puedo defender los “intereses religiosos” permitiendo que se cometa una injusticia”.

“Hoy el mundo es víctima de esta manera de ver las cosas a través del interés. Es el “maquiavelismo” que llaman “realismo”.

La cristiandad contemporánea necesitaba que un obispo católico hablara con esa claridad y energía. ¡Son tantos los que consideran, no ya las injusticias, sino hasta los “crímenes”, como algo “accidental” e “inevitable” cuando se defiende los intereses religiosos...!

Hay otro pueblo mártir: el pueblo del Señor. El pueblo al cual perteneció, y pertenece en cuanto hombre, Nuestro Señor.

El judío es un paria. El judío no puede escribir, hablar, casarse, o rezar libremente. El judío no puede comprar ni vender ni trasladarse. El judío no puede sentarse en los bancos de las plazas ni concurrir a un cine o teatro.

Centenares de ellos han sido asesinados en los campos de concentración. Miles vagan por el mundo sin patria y sin ley, perseguidos y odiados. Perseguidos y odiados, no por "capitalistas", por "racistas", o por "burgueses", sino por llevar la sangre que llevó Cristo. El "nacionalismo cristiano" ha emprendido la sacrosanta tarea de exterminar la sangre que Cristo lleva en sus venas.

Sangre judía. Sangre de Cristo. Sangre que nos ha dejado el Señor para alimentarnos y consolarnos. Sangre divina ¡Señor! porque es tuya. Pero sangre judía, totalmente judía. Aunque digan lo contrario ciertos modernos "cristianos" en tren de deformar el libro de la vida. Sangre judía de Cristo, que bebemos los cristianos que comulgamos, y que quieren exterminar y destruir... para "servir" a Cristo.

Pero el Vicario del Señor no duerme. Ha levantado su voz. ¡Qué digo levantar la voz: ha puesto el grito en el cielo!

"Católico quiere decir universal, no racista, no nacionalista, no separatista: sino católico. El nacionalismo exagerado impide la salvación de las almas, alza barreras entre los pueblos y no sólo es contrario a la ley de Dios, sino a la fe misma, al Credo mismo".

La respuesta del "nacionalismo", "nuevo cruzado" de la religión, no podía hacerse esperar: Nosotros no odiamos al judío. Le expropiamos todo lo que tiene, lo empujamos a la desesperación y al suicidio, llenos de la santa "caridad violenta" que nos anima. Es por el bien del judío que lo hacemos... como es por el propio bien de los españoles, de los negros y de los chinos que hemos entrado a sangre y fuego en España, Etiopía y China. Los exterminamos desbordantes del más entrañable de los amores...

El Santo Padre agregó pocas palabras más. Con lágrimas en los ojos, dijo: *"Nosotros los católicos somos espiritualmente semitas".*

¡Abajo el sombrero, señores! ¡Burgueses de toda categoría y de todo país: de rodillas! Es Su sombra lo que ha pasado. Es el llanto del Gólgota lo que se oye. Hay pueblos que continúan el sufrimiento y el sacrificio que Él comenzó en la cruz.

Euzkadi. Etiopía de ayer. China de hoy. Pueblo judío de siempre.

¡Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos!

AUGUSTO JOSÉ DURELLI

Letras Argentinas

VICTORIA OCAMPO Y LA LITERATURA FEMENINA

La editorial SUR acaba de publicar dos conferencias de Victoria Ocampo: *Emily Brontë y Virginia Woolf, Orlando y Cía.* No es el hecho de que ambas conferencias estén dedicadas a mujeres escritoras lo que me ha movido a escribir en el título, junto al nombre de Victoria Ocampo, aquella continuación o apéndice que dice "y la literatura femenina": algunas observaciones realizadas en el texto y la recordación de ciertas virtudes que la mujer posee, si no en exclusividad, al menos en alto grado de excelencia, me hacen advertir la posibilidad, creo que no manifestada todavía, de dar un valor genérico a la literatura femenina, y de sustraerla, por lo tanto, a los errores de la comparación y a la injusticia de los críticos, mediante el reconocimiento de algunos caracteres que le son propios y que le dan la investidura de un hecho nuevo e independiente.

A dichos caracteres me referiré más adelante. Pero en seguida me veré abocado a un asunto lleno de espinas: sabido es que Virginia Woolf levanta en su *Orlando*, la vieja y siempre ondulante bandera de Lisistrata, y su fogosa comentadora dice a este respecto: "Orlando ve a los hombres rehusando a las mujeres la más mínima instrucción, por miedo de que un día se rían de ellos, y los ve, al propio tiempo, entregados, sometidos a los caprichos de las más desfachatadas, de las más tontas, por el hecho de llevar faldas. Hay realmente motivo para sentir rebeldía ante estos reyes de la creación". ¡Diablo, es la guerra declarada! Y si me animo a terciar en ella sin otras armas que las que me ofrecen algunos conocimientos de metafísica, es con el solo deseo de hacer que la paloma simbólica vuele sobre mi comentario, y movido, además, por el hecho singularísimo de que Virginia Woolf, acaso sin saberlo, resuelve simbólicamente la vieja contienda, en el extraordinario personaje de su obra.

Pero antes de tocar una materia tan ardua quiero expresar algunas observaciones acerca de Victoria Ocampo, su estilo y su técnica. Los dos trabajos que me ocupan no son conferencias, en el sentido vulgar del género, y su autora está lejos, por fortuna, del monólogo y la soledad que caracterizan al conferen-

ciante de marras, en su relación con el público. Creo que la técnica de Victoria Ocampo (la que aparece con idénticos matices en todos los escritos de su pluma) es la técnica de la plática o de la conversación, que consiste en fluir con libertad y soltura, sin otra limitación que la que le señala el cauce o tema elegido previamente: su plática es un deslizamiento fluvial que sigue todos los niveles del asunto, que desborda y se explaya según la naturaleza del terreno, y que, sobre todo, va enriqueciéndose con los sedimentos arrancados inesperadamente a sus dos orillas. Los que conozcan a Victoria Ocampo advertirán lo mucho que una técnica semejante conviene a su espíritu inquieto, a su movediza vitalidad y al incansable fluir de sus emociones y recuerdos.

“Voy a hablarles a ustedes como *common reader* de la obra de Virginia Woolf”, dice al iniciar una de sus pláticas. Victoria Ocampo suele anunciar su naturaleza de “lector común”, siguiendo a Virginia Woolf que así lo hace al adelantar sus trabajos críticos: la expresión pertenece al doctor Johnson, para el cual es lector común aquel “que lee exclusivamente por placer y sin preocupación de tener que transmitir sus conocimientos”, y que se diferencia, por lo tanto, del lector crítico y del erudito. Por mi parte, no estoy lejos de asentir con el Dr. Johnson, en la definición que hace del lector común; pero creo que ni Virginia Woolf ni Victoria Ocampo entran del todo en la definición (¿no dice la segunda de la primera que sólo adopta ese carácter por absurda modestia?) Refiriéndome al solo caso de Victoria Ocampo diré ahora en qué medida le conviene el carácter de *common reader*, y en qué medida no le conviene.

Cierto es que el lector común, a semejanza del espectador común, padece lo que lee, o mejor dicho “con-padece”: Aristóteles exigía de la tragedia que suscitara la compasión en el ánimo de los espectadores, de modo tal que los espectadores llegaran a padecer los mismos afectos que padecían en escena los héroes del drama; y creo que los lectores comunes experimentan algo semejante, no sólo con la literatura de imaginación, sino hasta con la ideológica. Ahora bien, reconozco en Victoria Ocampo esa entrega total de sí misma a la obra o al asunto, que caracteriza al lector común: basta leer su exégesis de *Orlando*, considerado más como sujeto viviente que como personaje de ficción, y su exaltada biografía de Emily Brontë, considerada más como personaje de novela que como sujeto viviente.

Pero el lector común, así como el espectador común, es algo esencialmente pasivo, algo que se funde con la obra y que “no tiene voz” ni la necesita, porque

todo él se realiza en lo que lee; y este carácter del lector común ya no le conviene a Victoria Ocampo. Hay que buscar entonces un término medio, un lector que padezca y que hable a la vez. La tragedia clásica nos lo dará en seguida, porque en el teatro antiguo no sólo están la tragedia de un lado y los espectadores comunes del otro: allí mismo, entre la escena y el público, se agitan otros espectadores que tienen voz y la manifiestan, que padecen el drama y lo dicen, que discuten o asienten con los actores. Es el coro trágico. Ahora bien, un lector que frente a sus lecturas asumiera los gestos del coro en la tragedia se parecería mucho a ese tipo de lector que se dicen Virginia Woolf y Victoria Ocampo. Creo que a una y a otra les gustaría la idea: a Virginia Woolf, que “hablando de cualquier cosa habla de sí misma, ella que nunca habla de sí misma”; y a Victoria Ocampo, que leyendo a Virginia siente ganas “de comentar a la comentadora a través de su comentario”.

Dije ya que algunas observaciones halladas en el texto de *Virginia Woolf, Orlando y Cía.* me habían recordado ciertos caracteres propios de la mujer en su relación con el mundo, los cuales, aplicados a la creación literaria, pueden dar un valor genérico a la literatura femenina. El texto aludido se refiere a una creencia de Virginia Woolf, “a su creencia de que el espíritu humano no es sino el curso continuo de las imágenes y de los recuerdos, y que hay que expresar el sutil deslizarse de esas imágenes, de esos recuerdos cambiantes y multicolores, para ser fiel a la realidad más esencial”.

Y justamente, observadores de todas las épocas han coincidido en afirmar que la mujer se mueve en el mundo cambiante del suceder con mayor soltura que en el mundo de los principios inmutables: nadie como ella pone una atención tan aguda en el desfile de las imágenes que constituyen la realidad inmediata y el mundo de los sentidos (el mismo Schopenhauer, entre otras consideraciones que por su grosería resultan indignas de un filósofo, concede a la mujer esa visión certera del mundo fenomenal). Por otra parte, la sucesión ineluctable de las cosas no se realiza sin que el advenimiento de una signifique la muerte de la otra; y la mujer padece, como nadie, la mutación de una realidad en cuya ilusión arraiga con tanto ahinco, y de la cual alcanza hoy un desfile de imágenes que se convertirá mañana en un desfile de recuerdos. Pues bien, el estudio y la expresión de ese fluir, el idioma de la pasión consiguiente, el dolor de perder la imagen en el tiempo y la dulzura de recobrarla en la

memoria, todo esto constituye, a mi juicio, una materia literaria sobre la cual puede la mujer alegar derechos casi naturales. Y digo "casi naturales", porque, como ya lo he adelantado, la mujer no posee dicho carácter en exclusividad, sino en alto grado de excelencia, con respecto al hombre: la literatura de Proust, sin embargo, revela mucho de tal carácter; bien es cierto que hay en toda ella un "tono" femenino que no deja de llamar la atención.

Distinta es la posición del hombre frente al mundo de los fenómenos: es característica del hombre el no resignarse ante la mutación de las cosas, y el buscar, detrás de las imágenes mudables, la razón inmutable que organiza y dirige la danza. Por eso la metafísica es dominio del hombre, así como la física es dominio de la mujer *. Entre un dominio y otro no hay contrariedad, sino complemento: son "distintos", y cada uno halla en el otro lo que a sí mismo falta. Razón tiene Victoria Ocampo al enojarse con los críticos ingleses que menospreciaron una gran novela de Emily porque la firmaba una mujer. Es el mismo género de críticos que advierten la inferioridad de la mujer en el hecho de que la mujer no ha dado nunca una metafísica: con igual razón demostrarían la inferioridad del olmo, que no da peras, o la del peral, que no da rosas.

Y aquí entramos en el fin de la guerra, mediante la reconciliación de dos partes o dominios que necesitan unirse para formar una verdadera unidad, ya que cada uno, por sí mismo, no puede realizarla. Si me resolviese a hacer un poco de metafísica de salón, recordaría que los antiguos vieron la imagen perfecta de la concordia en el Adán-Eva del Génesis, en el Andrógino primitivo que describe Aristófanes ** y en el Hermafrodita dormido que veneraron los griegos. Dejaré a los lectores el trabajo de considerar tales figuras, cuyo simbolismo no se limita, por otra parte, al solo dominio humano. Y expondré ahora el hecho singularísimo a que me refería en el principio de mi comentario: a sabiendas o no, Virginia Woolf también hace un andrógino de su Orlando, ya que le da primero la naturaleza del hombre y luego la de la mujer. ¿Qué significación tiene la metamorfosis de Orlando? Según Ovidio ***, el sabio Tiresias había tomado, en sucesivas encarnaciones, la forma de uno y otro sexo,

* Claro está que sólo me refiero al orden de la "especulación" intelectual; porque en el orden de la realización "afectiva", entre una Santa Teresa y un San Juan de la Cruz, por ejemplo, no cabe diferenciación alguna; bien es cierto que una y otro no hacen ya referencia al "arte humano", sino al "arte divino".

** "Banquete", de Platón.

*** "Metamorfosis".

y lo recordaba: tal vez era sabio porque, reuniendo en sí mismo la ciencia del hombre y la de la mujer, había reconstruido la perfección dichosa de la unidad.

Con el divino Tiresias acaba mi comentario: he tocado en él un tema o dos que, si no se vinculan directamente con las disertaciones de Victoria Ocampo, giran, al menos, en su órbita. Mi sola disculpa es el hecho de que yo, como Virginia Woolf y como Victoria Ocampo, tampoco soy el “lector común” de que nos habla el Dr. Johnson.

LEOPOLDO MARECHAL

LA LÍRICA AMOROSA DE BERNÁRDEZ

“L'amor che muove il sole e l'altre stelle”.

Si —de acuerdo con Valéry— “poesía pura es todo lo que permanece en el poema después de haberse eliminado todo lo que no es poesía”, *La Ciudad sin Laura* de Francisco Luis Bernárdez no consiente eliminación alguna. Es, pues, el poema puro, de poesía pura, de pura poesía.

LA SUMA, LA CIMA

De los nueve cielos poéticos, Bernárdez habita el de la lírica, señal de aspiración y poderío. Leopardi nos advierte: “La lírica puede llamarse la cima, la cumbre, el summum de la poesía, la cual a su vez es el summum del discurso humano”. Después están las columnas que marcan el comienzo del misterio inabordable. “Non plus ultra”. Pero en las alturas purísimas de su lírica —mística: *El Buque*; amorosa: *La Ciudad sin Laura* —, Bernárdez es el escalador de cumbres cuyos jalones y banderas indican la elevación mayor. Nadie ha llegado tan lejos; nadie ha subido más alto.

URBE Y ORBE

Escribo sin temor la afirmación antedicha, y con la cabeza descubierta porque al decir Bernárdez —espíritu latino, lengua castellana y año de 1938—, hay que decir: Dante, Petrarca, Garcilaso, Fray Luis, San Juan de la Cruz... (Líricos y místicos anglo-sajones vienen de otros orígenes, aunque reco-

rran parecidos caminos). *El Buque* de Bernárdez quedará anclado para siempre en su puerto, como una de las máximas creaciones alcanzadas por nuestra lengua. Es urbe y orbe de la literatura mística. *La Ciudad sin Laura* es también urbe y orbe de la literatura de amor.

EL MUNDO NUEVO

El amor que renueva e innova, transforma al poeta. Era el callado y el solitario:

*Se conocía que vivía por la canción que lo tenía prisionero.
Pero vivía en otro mundo; para las cosas de este mundo estaba muerto.*

Todo es nuevo ahora. El amor iniciador descubre los horizontes clausurados. A él se llega, como a un fin, para descubrir el principio de las cosas. Bernárdez dice en el primer poema:

*Las cosas son inteligibles porque este nombre de mujer las ilumina.
Porque este nombre las arranca de las tinieblas en que estaban sumergidas.
Una por una recuperan su resplandor espiritual y resucitan.*

El amor que renueva e innova. Un trovador provenzal, Rambaldo de Aurenga cantaba:

*Ab rou cor et ab nou talen
ab nou saber et ab nou sen...*

O, según la conocida traducción:

*Con nuevo corazón, con nuevo intento
nuevo saber y nuevo entendimiento
y de nueva y feliz manera cuento
nueva canción graciosa comenzar;
quien a mis nuevos dichos esté atento
en su vida hallará nuevo ardimiento,
y sentiráse el viejo renovar.*

El objeto del amor es, por lo mismo, la "nova", la "nueva", la novia... ella llenó la soledad del poeta. Y ahora:

*Para poblar este desierto me basta y sobra con decir una palabra.
El dulce nombre que pronuncio para poblar este desierto es el de Laura.*

UNA LÍRICA DE LA SERENIDAD

La lírica de amor de Bernárdez tiene una característica que lo distingue de los grandes congéneres. Es serena, límpida, y sin lágrimas. Porque había también lágrimas de dulzura en las efusiones del encuentro, cuando Dante queda extático ante su "Bice", o en el constante cavilar de nuestro Garcilaso: "Estoy contino en lágrimas bañado — rompiendo el aire siempre con sospiros..."

Los elementos meramente físicos — en cuanto son causas — desaparecen también para Bernárdez. Sus poemas exaltan el amor, pero en su esencia misma, más que en sus consecuencias. No necesita, como el florentino, describir, solazándose, el objeto amado: "... E come dolce parla e dolce ride...". Bástanle cinco letras de su nombre. Bástale saber — "Soneto del amor unitivo" — que:

*Tan unidas están nuestras cabezas
Y tan atados nuestros corazones,
Ya concertadas las inclinaciones
Y confundidas las naturalezas...*

para comprender que están en el amor como

*En un juego amoroso que sabemos
Sin ganador, porque los dos perdemos,
Sin perdedor, porque los dos ganamos.*

CUARZO, CRISTAL

Esa serenidad se adapta a la sustancia y naturaleza de la materia verbal que Bernárdez emplea. Como los orfebres, los poetas tienen sus gemas preferidas; como tienen su material predilecto los escultores. Mármol, ónix, alabastro, yeso, barro... Comparativamente, podríamos decir que Bernárdez trabaja en cuarzo. Lo más duro; lo más transparente. Todas las liras de *El Buque*, y los sonetos de *La Ciudad sin Laura*, están labrados, tallados en cuarzo. El compás marcó exactas medidas; las líneas, las aristas, no ofrecen

una sola falla. Por eso el idioma de Bernárdez ofrece transparencias de cristal. Es el castellano "cristalino" que hablaría el ruiseñor (en *El Buque*):

*si el ruiseñor hablara
con el mismo talento con que trina.*

EXPRESIÓN, FORMAS

Tratándose de Bernárdez es innecesario aludir a la expresión "técnica" o de su poesía, en cuanto es ciencia todo arte. Sus poemas se encuadran en una perfecta armonía de formas. Son como esquemas geométricos desarrollados con matemática precisión. La rima — cuando la emplea — tiene la naturalidad y coincidencia del diamante con su engastadura. (Gide diría:

*Sable aride ou s'imprime
La trace du pied nu.
Mon poème ingénu
N'élude pas la rime).*

Y en los tres poemas largos — "La Ciudad sin Laura", "La noche" y "Estar enamorado" — Bernárdez crea una nueva forma regular: versos de 22 sílabas — nueve y trece — agrupados en décimas o conjuntos de diez estrofas asonantadas. Las voces asonantes hilvanan la natural armonía de esos versos largos que se "cantan", empero, sin dificultad, sin ahogos:

*Dulce tarea es contemplarte, noche que me has acompañado sin descanso.
Dulce tarea es contemplarte desde la tierra con los ojos desvelados.*

Además de los tres precitados, los cuatro sonetos y el romance de "La Ciudad sin Laura" nos ratifican que Bernárdez — poeta argentino — es poeta en todo el ámbito, clásico y presente, de la lengua castellana.

"NOMINA SUNT"

Santo Tomás sentencia: "Nomina sunt consequentia rerum". Los nombres son consecuencia de las cosas; las originan — "En el principio fué el Verbo —; las alimentan y dirigen; las llevan, siendo el destino de ellas,

hacia inequívoco destino. “Nomina sunt” ¿Y dos cosas iguales a una tercera no son iguales entre sí...? La amada de *Francisco* Petrarca se llamaba *Laura*, *Laura* es la amada de este poeta Bernárdez, que se llama *Francisco*.

LISARDO ZIA

DIBUJO Y POESÍA

Cuando vi por primera vez los dibujos de Mercedes Leloir le dije que ella podría ilustrar los libros de Franz Kafka. Me contestó que había leído solamente un libro de ese autor y esto después de haber hecho los dibujos.

Al año siguiente me leyó los relatos, o poemas en prosa, sugeridos por sus propios dibujos. Creo, sin embargo, que fueron esos poemas quienes, aun inexpresados, inspiraron los dibujos de trazos nítidos y casi esquemáticos que sugieren un ambiente angustioso, donde los hechos, como las líneas, aunque parecen terminar en sí mismos, tienen idéntico significado alusivo al que tienen las cosas y los acontecimientos vistos en los sueños. ¿Hay mayor nitidez que la de las imágenes oníricas? Lo inexplicable, lo vago, lo amenazador e inquietante es aquello a lo cual esas imágenes aluden; es la angustia que ellas, por decirlo así, materializan.

Las imágenes nos hablan del encierro en que vivimos. De la caja hermética en cuyo interior golpean las grandes y palpitantes alas de nuestro anhelo de evasión. Porque sólo mediante los símbolos que el subconsciente nos permite entrever sabemos del mundo que nos oprime: del mundo o de la vida que ocultan ese otro mundo, esa otra vida que conscientemente no nos atrevemos a habitar o a vivir; de ese pueblo cercano al que nunca llegamos. Y cuando Mercedes Leloir expresa esa angustia en los poemas que completan armoniosamente los dibujos, recordamos la frase de Julien Green en su *Diario*: “El niño dicta y el hombre escribe”. Pues en estos relatos breves, llenos de una poesía conmovedora a fuerza de estar contenida, honda a fuerza de ser sincera, la prosa es transparente, concisa y flúida como debería ser la de los cuentos infantiles, y sus personajes son también aquellos que nos gustaba encontrar en las narraciones de la niñez: el payaso inesperado, todo lentejuelas; el Rey omnipotente; el sabio y el maestro capaces de explicar el misterio; el albañil, constructor de

casas y de ciudades. Todos aquellos, en fin, que para el niño encarnan lo imprevisto, lo maravilloso, lo afirmativo, y que luego la vida nos reduce a símbolos de la promesa no cumplida, del planteo sin solución.

La obsesión de lo inalcanzable que persiguió a Franz Kafka en la Europa convulsionada por la guerra, y que dió forma y contenido a su obra incomparable, la siente ahora en esta Argentina tranquila una mujer joven, y la expresa con una naturalidad absoluta en las imágenes plásticas y literarias de su primer libro. Kafka vivió la existencia monótona y pobre del burócrata miserable. A Mercedes Leloir le ha tocado vivir en un medio que materialmente podría brindar todas las posibilidades de evasión. Sin embargo, ambos nos hablan de idéntica opresión; de una igual imposibilidad de convertir el "casi" en lo absoluto.

Es difícil y audaz trazar paralelos, y me cuidaría bien de hacerlo si no existiera un hecho que me autoriza plenamente a ello: hace pocos días cayó en mis manos el último número de la revista *Transition*, en ella están reproducidos unos dibujos encontrados entre los papeles de Franz Kafka: tienen los mismos ángulos agudos, la misma sobriedad y densidad de trazo, el mismo sentido macabro del misterio que los de la autora de *El pueblo cercano*.

MARÍA ROSA OLIVER

Cuestiones Científicas de nuestro tiempo

¿ES HUMANA LA CIENCIA?

El mundo de las palabras no está en correspondencia biunívoca con el mundo de los significados: vale decir que no corresponde a cada palabra un solo significado e inversamente. Las palabras y expresiones verbales que componen el habla, o expresan de manera única un solo significado, o son sinónimas, o poseen significados distintos.

En este sentido se distinguen claramente los lenguajes científico y filosófico. La ciencia, con su afán de validez universal, pretende expresarse mediante un lenguaje de palabras con significado único, que revela, en la equivalencia de las expresiones verbales de igual significado, ese carácter tautológico frecuentemente señalado en la ciencia. El lenguaje de la filosofía, en cambio, por aludir a los problemas más recónditos y complejos del hombre, encierra palabras sobreñadas de significados; de ahí la coexistencia de las interpretaciones filosóficas más diversas y la ausencia de definiciones únicas, claras y precisas que crean esa atmósfera singular que rodea a los conceptos de la filosofía.

La etapa más avanzada de este proceso de empobrecimiento en significados que sufren las palabras al pasar del léxico filosófico al científico, lo constituye el lenguaje simbólico, ausente de la filosofía, y que en algunos sectores de la ciencia se traduce en un conjunto de "formas vacías".

Si los términos que designan objetos científicos poseen, en general, un significado único, no ocurre tal cosa con la palabra "ciencia", que no denota un objeto científico, sino una particular actividad humana cuyo análisis incumbe a la filosofía. En efecto, rodea a esta palabra toda la imprecisión característica de los objetos filosóficos, pues: ¿quién podría definir, de modo inequívoco, esa mezcla o aleación o combinación de saber, método, orden, experimentación, predicción que se llama ciencia?

¿Quién podría dosar de manera precisa sus ingredientes éticos y estéticos o valorar exactamente su participación en una concepción del mundo?

Basta plantear estas preguntas y considerar la influencia que en sus respuestas ejerce el clima histórico-cultural de cada época y las preferencias personales, para reconocer que adscribir a la palabra ciencia un significado único es una pretensión ilusoria, tanto como lo sería la pretensión contraria de exigir significados concretos a una fórmula de símbolos vacíos. Si, a pesar de la multiplicidad de significados y de la carencia de una definición precisa de la palabra ciencia, la labor científica no se torna caótica, y se mantiene uniforme, es debido a que esa labor no incide en la ciencia misma, sino en los objetos científicos, de modo que puede decirse que el filósofo hace filosofía, pero el científico no hace ciencia, sino matemática, física, biología, etc.

Si los distintos significados atribuidos al término ciencia no afectan a la labor científica, influyen poderosamente, sin embargo, en la valoración que el hombre de cada época y cada hombre de una misma época asigna a ese quehacer

científico; valoración que, a su vez, participa de la visión del mundo, de la vida, del hombre, y fija el lugar que la ciencia ocupa en la formación humana; en una palabra, determina la porción de "humanidad" que la ciencia contiene.

En una conferencia sobre el cultivo de las humanidades, García Morente adoptó, a este respecto, una posición novedosa.

En esa conferencia, el filósofo español clasificó previamente las acciones humanas en tres especies, que distinguió como acciones no absolutamente humanas, relativamente humanas y específicamente humanas. Son acciones no absolutamente humanas las que el hombre ejecuta en virtud de su común naturaleza con los animales, son acciones relativamente humanas las que desempeñan el papel de medios para lograr un fin específico y son acciones específicamente humanas las que constituyen ese fin y que el hombre realiza para llegar a ser lo que quiere ser y que aún no es. Con términos acertados, aunque peligrosos, García Morente llamó "técnicas" y "éticas" las acciones de la segunda y tercera especie, respectivamente, de modo que las cualidades que caracterizan las distintas acciones humanas resultan ser: "animalidad", "tecnicidad" y "eticidad".

La conferencia consistió luego en mostrar que la ciencia, naturalmente con el significado que García Morente atribuye a este vocablo, carece de "eticidad"; es pura y simplemente "tecnicidad", quedando entonces ubicada en un plano extrahumano: ni animal, ni humano. Como lógica consecuencia le es vedado así a la ciencia el acceso al templo de las humanidades, pues tomando éstas en su recto sentido, sólo deben referirse a las acciones que contribuyen a la formación humana, en lo que ésta tiene de esencial, es decir a las acciones específicamente humanas, en una palabra, a las acciones "éticas".

Tal concepción de la ciencia como acción "técnica" y su consiguiente valoración, o mejor, desvalorización frente a las humanidades es, sin duda, original, pero estimamos que el significado de la palabra ciencia en el cual se apoya no lo es tanto, pues vemos en él un matiz de una acepción bastante difundida, según la cual se identifica "ciencia" con "ciencia natural".

Acepción ésta que, ante el hecho empírico ofrecido por el gran desarrollo de la técnica (ahora en su sentido estricto y habitual) y la vinculación de ésta con la ciencia natural, lleva a establecer entre la ciencia natural y la técnica una interdependencia tan absoluta que todo juicio favorable o desfavorable que

merece una, recae necesariamente sobre la otra. De esta manera, el "cientifismo", vale decir la exagerada valoración de la ciencia, cobra los contornos de las tendencias extremistas de la ciencia natural y de la técnica: el "laboratorismo" y el "maquinismo", respectivamente. Así, por ejemplo, en un libro reciente * se pretende que la "filiación" entre el maquinismo y la ciencia debe entenderse en un sentido biológico, recayendo entonces sobre la ciencia toda la responsabilidad inherente a la paternidad.

La concepción que tiende a identificar la ciencia con la ciencia natural, representa, por de pronto, una concepción restringida, pues excluye de la ciencia las disciplinas formales: matemática y lógica, así como las ciencias del espíritu. Podría justificarse esa exclusión, designando tales disciplinas con los nombres de sabiduría, sapiencia o filosofía y reservando entonces, para la ciencia, únicamente la actividad humana dirigida hacia los objetos que están fuera del hombre, es decir hacia el estudio de las relaciones mutuas de los objetos de la naturaleza. Pero, aún admitiendo que el término naturaleza tenga un sentido preciso, la ciencia natural no estudia los objetos "naturales", tal como se nos dan, sino superpone a ese mundo de objetos una estructura teórica, ideal. Es esta estructura, y sólo ella, lo que hace posible la construcción científica dándole su tónica fundamental, pues la ciencia no es "natura", sino "cultura".

A este factor objetivo, que otorga signo de "humanidad" a la ciencia, incluida la ciencia natural, deben agregarse factores subjetivos: todo el potencial humano del que se nutre la creación científica y todas las exigencias interiores que impulsan al hombre a hacer ciencia **.

Por otra parte, un examen de la historia del saber muestra que entre ciencia (natural) y técnica no existe necesariamente una interdependencia absoluta. Más bien ese examen revela que la ciencia y la técnica pueden vivir, y de hecho han vivido, sin mostrar una conexión directa, y que uno de los descubrimientos del hombre moderno ha sido precisamente desentrañar esa conexión. Son como vidas paralelas que, bajo un clima histórico propicio, se unieron en un abrazo, tan estrecho, que hizo posible y verosímil una identificación entre ambas.

* J. FIOLE: *Scientisme et Science*. (Mercure de France. Paris, 1936).

** Véase, por ejemplo, en E. CASSIRER: *Wahrheitsbegriff und Wahrheitsproblem bei Galilei*, (Scientia. Volumen 62. 1937) cómo Galilei introduce, en su obra, la noción de la revelación por la "naturaleza", frente a la revelación por el "Verbo divino", característica del pensamiento escolástico y teológico.

La ciencia natural y la técnica no datan del siglo XVII.

Además de la astronomía, que con Tolomeo se organizó en cuerpo de doctrina científica sistematizando todo el saber acumulado por la observación y la teoría de los astrólogos orientales y los astrónomos griegos, la ciencia de la antigüedad había ya desarrollado algunos capítulos de la física, tales como la óptica geométrica (Euclides) y la estática e hidrostática (Arquímedes). En el mundo antiguo, la figura de Arquímedes se destaca singularmente, no sólo por la importancia de sus contribuciones a la ciencia natural, aun vigente, como el principio de la palanca y el llamado principio de Arquímedes, sino también por las características personales que, a veintidós siglos de distancia, nos lo muestran como un "científico" típico: especialismo, desdén por la labor académica, repudio por las aplicaciones técnicas, sin contar las anécdotas con que sus biógrafos han creído conveniente adornar su vida.

Por su parte, es indudable que no es posible negar una técnica, en el sentido actual del vocablo, a la antigüedad mediterránea que ha visto erigir pirámides, cultivar la tierra, levantar templos, construir acueductos, ingeniar aparatos de guerra, trabajar los metales, fabricar ungüentos, licores y perfumes y practicar el arte de curar en forma tan notable.

Pero lo que importa señalar es que esa ciencia y esa técnica permanecieron desconectadas para el hombre antiguo, quien mostró una despreocupación absoluta por las "aplicaciones" de la ciencia, no descubriendo vinculación alguna entre ambas actividades. (La experimentación, que constituye actualmente uno de esos vínculos, no ha sido conocida por la ciencia griega, por lo menos en el sentido que hoy posee). Ni a Arquímedes ni a sus contemporáneos se les ocurrió, por ejemplo, idear aplicaciones técnicas de las leyes del equilibrio de los cuerpos flotantes o de la palanca, a menos que se considere como tal... levantar el mundo, según la conocida frase atribuida a Arquímedes.

En cambio encontramos en la antigüedad aplicaciones técnicas cuyos fundamentos científicos eran absolutamente desconocidos. La mecánica de Herón, dos milenios antes del descubrimiento de los principios de la termodinámica, trae, por ejemplo, un ingenioso dispositivo, mediante el cual, al encenderse el fuego sagrado en el altar del dios y gracias a un juego de evaporación y condensación de líquido, actuaba un mecanismo que, ante los ojos atónitos de los creyentes, abría la puerta del templo, la que naturalmente volvía a cerrarse cuando se apagaba el fuego.

El siglo XVII, siglo de la "nova scienza" y de una febril actividad en materia de inventos (en 1623 se promulga la primera ley inglesa sobre patentes), marca la etapa inicial del progreso creciente que paralelamente muestran la ciencia y la técnica. El hombre de Occidente, deslumbrado, descubre entre ellas una conexión que sensiblemente va transformándose en interdependencia y filiación, que el siglo XIX, siglo de las utopías socialistas y de la religión de la ciencia, estrecha aún más viendo en esa unión una panacea universal destinada a lograr el bienestar humano. A esta situación, nuestra edad ha agregado un nuevo factor: la publicidad, que ha difundido esa conexión deformándola y explotando, generalmente con fines lucrativos, el respeto casi religioso y hasta fetichista que la misma publicidad ha contribuido a formar alrededor de la ciencia. No es de extrañar, pues, que partiendo de estas premisas, el resultado haya sido todo lo contradictorio que cabía esperar y así vemos cómo al lado de estas exageradas idolatrías por la ciencia, aparecen concepciones que le niegan todo carácter de "humanidad".

El hombre es ciudadano de una multiplicidad de mundos, cuyo vínculo de unión lo forma el hombre mismo. La misión de esos mundos es más propia para el hombre, vale decir más "humana", cuando se cumple sin exageradas influencias recíprocas. Así, la ciencia cumple su misión sin mostrar un afán obsecuente en buscar aplicaciones técnicas, ni delatar una altanera preocupación por esquivarlas; lo que no impide que, de cuando en cuando, se tope con una aplicación técnica a la cual presta su fundamento. Igual cosa ocurre con la técnica, pues no todos los inventos y adelantos técnicos poseen o necesitan una base científica, así como no toda la investigación científica es susceptible de encontrar aplicaciones. Una ojeada por la actual investigación en el campo de la ciencia natural, muestra, por ejemplo, que los problemas que más preocupan hoy a los científicos: estructura del universo, física del átomo, teorías biológicas, se hallan tan alejados de la técnica que puede afirmarse, aunque tales juicios han resultado a veces temerarios, que esas investigaciones jamás encontrarán aplicación.

Santa Fe, 1938

JOSÉ BABINI

CALENDARIO

TRADICIONALISMO. — Hace pocos días, en el act^o del Luna Park, D. Indalecio Prieto dijo que la única forma de tradicionalismo cuya representación actual pueden invocar con sobrado derecho los nacionalistas españoles es la Inquisición. Palabras ¡ay! demasiado ciertas. Las confirma un decreto del Gobierno de Burgos (Inspección de Enseñanza del Ministerio de Instrucción Pública) prohibiendo la lectura de centenares de obras literarias, históricas, científicas y técnicas, y ordenando la destrucción de sus ediciones. Está firmado por el Inspector Jefe José Saldaña, siguiendo las indicaciones del Ministro Sainz Rodríguez. Citemos, en parte, los "libros herejes":

Rafael Altamira: *Historia de la Civilización Española*; Azorin: *Obras Completas*; Pío Baroja: *Obras Completas*, con excepción de su último libro (selección de artículos contra los elementos liberales de España); Vicente Blasco Ibáñez: *Obras Completas*; Carmen de Burgos: *Don Rafael de Riego*; Carlyle: *Los Héroes, el culto de los héroes y lo heroico en la historia*; Camilo Castello-Branco: *Dos novelas del Miño*; Joaquín Costa: *La ignorancia del Derecho*; Dewey: *Obras Completas*; Pedro Dorado Montero: *Valor social de leyes y autoridades*; Dostoiewski: *Obras Completas*; Alejandro Dumas: *Obras Completas*; Espronceda: *El diablo mundo y Poesías*; Flaubert: *La edu-*

cación sentimental; Anatole France: *Obras Completas*; José Francés: *El año artístico 1916-17-18-19 y 20* (recolección de críticas de arte publicadas en "La Esfera"); Freud: *Obras Completas*; Francisco Giner de los Ríos: *Obras Completas*; Goethe: *Fausto, Werther* y otras obras; Ernesto Haeckel: *Historia de la Creación*; Víctor Hugo: *Obras Completas*; Armando Palacio Valdés: *La Práctica*; José María de Larra (Fígaro): *Artículos de costumbres*; Gustavo Le Bon: *Psicología de las Multitudes*; Emil Ludwig: *El hijo del Hombre*; Antonio Machado: *Poesías Completas*; Gregorio Marañón: *Tres ensayos sobre la vida sexual*; Próspero Merimée: *Carmen*; Gabriel Miró: *Obras Completas*; Armando Palacio Valdés: *La Hermana de San Sulpicio*; Emilia Pardo Bazán: *Cuentos de Marineda, La Madre Naturaleza y Los Pazos de Ulloa*; Pérez de Ayala: *Obras Completas*; Benito Pérez Galdós: *Obras Completas*; Adolfo Posada: *Política y Enseñanza*; Abate Prevost: *Manon Lescaut*; Ramón y Cajal: *La mujer*; Remarque: *Sin novedad en el frente*; Ribot: *Las enfermedades de la memoria, Las enfermedades de la voluntad, La herencia psicológica, Psicología de la atención, Psicología de los sentimientos, etc.*; Fernando de Rojas: *La Celestina*; José María Salaverría: *Bolívar, el libertador*; Stendhal: *La Cartuja de Parma*; Sterne: *Viaje Sentimen-*

tal; Tolstoi: *Obras Completas*; Edward B. Taylor: *Antropología. Introducción al estudio del hombre y de la civilización*; Unamuno: *Obras Completas*; Juan Valera: *El comendador Mendoza, Doña Luz, Juanita la larga, Las ilusiones del Doctor Faustino, Pepita Jiménez*, etc.; Valle-Inclán: *Obras Completas*; H. G. Wells: *La llama inmortal y Doce historias y un sueño*, etc.

¡Curioso auto de fe! Desde Fernando de Rojas, Kant, Goethe, Dostoiewski y Unamuno hasta la Pardo Bazán, Carmen de Burgos, Salaverría o las ingenuas crónicas de José Francés... Ya el tiempo, anticipándose al señor Saldaña, destruyó algunas de las obras incluídas en su Index. Por eso no nos satisface el criterio (?) con que ha sido confeccionado. Un poco de rigor, y estaría compuesto exclusivamente por libros valiosos. Habría salido perfecto.

DISCURSOS OFICIALES. — “He oído muchos en América — dice Julien Benda (N. R. F., diciembre de 1938). Me hicieron recordar tres frases:

La primera es de Gide: Con los buenos sentimientos se hace mala literatura.

La segunda es de Swift: Todo panegírico contiene una infusión de adormideras.

La tercera me pertenece: No escribir nunca un párrafo que permita exclamar después: ¡Adelante con la música!”.

LINGÜÍSTICA NAZI. — *Wörter und Sachen*, la gran revista lingüística de Heidelberg, entre cuyos directores figuró Meyer-Lübke, ha cambiado de formato y de propósitos. En

un manifiesto titulado *Nuevos tiempos, nuevos fines*, que encabeza el primer cuaderno de 1938, el profesor Hermann Günter establece cuál debe ser la orientación de la lingüística indogermánica consdiente de “los grandes deberes político-nacionales de la actualidad”. Su lema será: “Al servicio de nuestro pueblo”. Uno de sus axiomas: “Toda lengua depende de las fuerzas biológicas que brotan de las profundidades de lo inconsciente...”

Para estimular las fuerzas biológicas, “queremos seguir siendo buenos compañeros de las ciencias que estudian las lenguas vivas: de la Germanística, la Romanística, la Anglistica, la Eslavística, etc., que nos son mucho más útiles y nos acercan a la vida mucho más que una rígida gramatiquería de lenguas muertas, aunque se las haya momificado especialmente con el nombre de clásicas...”

Y para que los lectores se acerquen más a la vida, el mismo número les ofrece un extenso artículo sobre “El estudio lingüístico de las minorías”. Lo acompaña un mapa en colores, en que se marca con rojo el elemento germánico. Las manchas germánicas aparecen en la Italia del norte y llegan, naturalmente, hasta el Mar Negro, y más allá.

UNA CARTA DE ROMAIN ROLLAND. — Desde su casa de Villeneuve, situada en el Cantón Suizo de Vaud, el autor de *Juan Cristóbal* ha dirigido el siguiente mensaje a los judíos perseguidos de Alemania:

Diciembre 6 de 1938

Queridos amigos:

Como a vosotros, me ahoga a mí el horror y la tristeza. Desde todos los puntos de la tierra, cada día que pasa, cada hora que

transcurre nos hace llegar el grito angustioso de una humanidad ultrajada y estrangulada. Este grito nos llega de Alemania, de España, de China, robándonos la tranquilidad del alma y partiéndonos el corazón.

Sin embargo, debemos resistir y arrojar al espacio nuestra maldición contra los verdugos.

¡Oh, poderosa Alemania, cuánto te amaba y amo todavía! Sé que tus mejores hijos, millares de hombres y mujeres honestos, viven bajo el terror, consumidos por la vergüenza ante los crímenes de esos locos y de esos criminales de derecho común que se han adueñado de las riendas del gobierno. Lo sé, pues pude escuchar tantas veces sus tímidas confidencias. No dudo que hasta los miembros más orgullosos y preclaros de tu aristocracia militar se sienten humillados y avergonzados ante los procedimientos gubernativos que debieron presenciar en silencio; avergonzados ante la cobardía inaudita que lanza a un populacho enardecido, cumpliendo órdenes recibidas desde arriba, contra hombres pacíficos y laboriosos, contra mujeres y niños indefensos; humillados y avergonzados ante un Estado cuyas fuerzas se ensañan vilmente con una raza atropellada, de la cual forman parte muchos ciudadanos que derramaron su sangre en la Gran Guerra, muchos ciudadanos que contribuyeron con su talento a la gloria de Alemania.

Ningún enemigo de Alemania la hubiera podido disminuir y dañar tanto como esos locos miserables, quienes, en su frenesí racista, deshonran a su país ante los ojos del mundo. La revocación del Edicto de Nantes hundió en la pobreza a la Francia monárquica por centenares de años; la persecución semita en Alemania empobrece al país privándole de sus mejores inteligencias, y la

cobardía, crueldad y vileza desplegadas dejarán en su frente la marca de la ignominia, marca que perdurará durante siglos.

Pero vosotros, amigos judíos, no os abandonéis a la desesperación y sobre todo a la duda, peor aún que la desesperación. No dudeis de la grandeza de vuestro pueblo y de la justicia eterna que ya en los tiempos remotos pregonaron vuestros libros y vuestros profetas, como la pregonan y encarnan vuestros grandes hombres del presente que siguen siendo los precursores y apóstoles de la justicia social. Es inmenso vuestro lugar en la historia del progreso humano. Lo pagáis con penalidades inauditas, y ésta será vuestra gloria. Aprended a soportarlas como vuestros antepasados soportaron el cautiverio en Babilonia, mirando al futuro con entereza de ánimo y fe. En el andar de los siglos, vuestro pueblo ha visto derrumbarse y desaparecer imperios, y no cabe duda que verá derrumbarse y desaparecer el gobierno de sus perseguidores.



EL NOVELISTA, SUS PERSONAJES Y EL LECTOR. Todos los hombres, a primera vista, hacen los mismos gestos, pronuncian las mismas palabras, aman y odian los mismos objetos. A medida que se los estudia de cerca, sus caracteres distintivos se dibujan y sus oposiciones se acusan hasta llegar a ser irreductibles. El psicólogo, en el hombre aparentemente más normal, alcanza aquello por lo cual ese hombre es distinto de todos los otros, aquello por lo cual es un ser irremplazable: literalmente un monstruo. En *Temps Présent* (diciembre 16), Mauriac aborda una vez más este problema, que analizara con tanta agudeza en *Le Roman*. Asimismo destaca la objetividad del novelista,

y se empeña en destruir el prejuicio de ciertos lectores que le atribuyen una especie de complacencia morbosa cuando describe con acierto determinados aspectos del mal.

Entre un autor y su público — escribe Mauriac — existen equívocos a los cuales el primero termina por resignarse. El tiempo le ha enseñado que no se pueden disipar. Aun aquellos que aman mis libros me han hablado siempre de mis "monstruos": soy — según parece — un especialista en personajes monstruosos. Sin embargo, casi todas mis novelas han sido escritas para probar que los monstruos no existen, y que aquel cuya historia relato no lo es.

No obsta — me diréis vosotros — a que Thérèse Desqueyroux os causara horror si la encontrarais en la vida... Quizá; pero eso se debe a que no la habría conocido desde adentro: miramos los personajes inventados como Dios nos mira, los vemos como Él nos ve. Nos libran el fondo del fondo de su corazón, y es por eso que los amamos y los perdonamos como Dios nos ama y nos perdona.

Otro equívoco: paso por un autor pesimista. En la época en que los editores dirigían colecciones de ensayos, me encargaban siempre la enfermedad, la muerte... Ahora bien: el pesimismo auténtico consiste en creer que la vida no tiene dirección ni objeto. Que no tiene sentido. Y esta convicción la sustentan un gran número de autores reputados alegres. Una obra que sobreentiende la remisión de los pecados, la resurrección de los cuerpos y la vida eterna me parece ser una de las muy pocas obras gozosas de nuestro tiempo.

En ciertos medios, por último, creen que me valgo de especias para atraer al lector. No obstante, he pasado mi vida borrando,

tachando, por temor al escándalo; evitando ciertas descripciones y, lo que es más grave, modificando bruscamente ciertos finales de mis relatos. No encarezco esta clase de sacrificios, ni pido que se me tengan en cuenta. Algunas buenas almas, sin duda, concluirán que debo ser muy perverso para que aun revisado y corregido continúe siendo tan escandaloso... Les dejo la última palabra.



EL PAPA ELIGE LA NOCHE DE NAVIDAD PARA ATACAR AL FASCISMO. — La alocución que pronuncia el Sumo Pontífice con motivo de Nochebuena constituye una de las más hermosas tradiciones católicas. El Vicario de Cristo aprovecha ese dulce momento del año para recordar al que nació en un pesebre, sobre paja maloliente, deseando paz a los hombres de buena voluntad.

Poco puede agregar la Iglesia Católica a las categóricas condenaciones doctrinales que ha pronunciado contra el nacionalismo. Pero el Papa quiso insistir una vez más. Sus palabras de Navidad fueron la expresión de la angustia del cristiano ante la herejía nacionalista que corrompe nuestra época.

La actitud del Sumo Pontífice es un símbolo. Pudo haber hablado de miles de problemas que afligen a la Iglesia. Pío XI, esta vez, se limitó a mostrar al mundo su "amarga tristeza".

"Se trata de vejámenes reales y muy numerosos... Observando el cielo que despliegan las filas inferiores en sus ataques aparece claramente... que desde arriba deben proceder amplias — o más bien ocultas — actitudes de permiso y aliento, puesto que no cesan esos vejámenes en varios lugares de un extremo a otro de la península...

Esperábamos, al menos, que nuestras canas fuesen respetadas..."

El discurso es extenso y está dirigido exclusivamente contra el fascismo. La prensa italiana, como único comentario, publicó tres líneas diciendo que el Papa aprovechó Navidad para saludar amistosamente al Rey y a su ministro.



SEAMOS PRUDENTES. — Durante los primeros años del fascismo, las autoridades italianas se preocupaban en difundir la cultura. Por aquel entonces no existía el Eje Roma-Berlín y el lema

Libro e moschetto

Fascista perfetto

llegó a ser popular. Pero, de acuerdo con las últimas noticias venidas de Roma, el ciudadano fascista se aleja de la perfección. Ha renunciado al libro, y ya no le queda sino el "moschetto". El profesor Umberto Notari ("La Nación", diciembre 26) acaba de publicar una obra titulada "La crisis de escritores". Según afirma, 30.000 personas, a lo sumo, en una población de más de 40 millones de habitantes, se interesan en la producción literaria. Es muy poco — dice — y nada alentador. Este estado de cosas se refleja en el tiraje de los libros, que muy rara vez pasa de los 2000 ejemplares. Un tiraje de 5000 ejemplares es considerado como un éxito y uno de 20.000 como una excepción. El señor Notari señala que a la mayoría de los italianos no les falta ni el tiempo ni los recursos para leer. Efectivamente, el italiano medio gasta mensualmente 60 liras en tabaco, 15 en cinematógrafo, 6 en diarios, pero sólo consagra 1,80 a la compra de libros. La propaganda en favor del libro, sin em-

bargo, nunca ha estado tan bien organizada como ahora".

¡Conmover espectáculo el de un profesor italiano! Lo imaginamos sentado ante su mesa de trabajo, mientras los altoparlantes vociferan en la calle *Duce, Duce, Duce*, ocupado en probar científicamente que las hebreas casadas con arios han perdido su peligrosidad racial, o señalando las causas del desgano por la lectura que experimenta el público de un país en donde han llegado a prohibirse... hasta las películas de Walt Disney. ¿A qué se debe la merma de lectores italianos? He aquí un tema sugestivo, digno de ser desarrollado. Puede conducir muy lejos, incluso a la cárcel o al destierro. El señor Notari, como buen profesor italiano, refrena su curiosidad. Es un hombre prudente. "No indaga el motivo — dice "La Nación" — ni saca conclusiones. Se limita a comprobar los hechos y a preconizar una campaña tendiente a ilustrar al público italiano sobre las satisfacciones que la literatura sana pone al alcance de todos".



RUBÉN DARÍO Y LA LITERATURA ESPAÑOLA. En el número de diciembre de *Letras de México*, Jesús Zavala publica la primera parte de un meditado ensayo en donde estudia la influencia que tuvieron los clásicos españoles sobre Rubén Darío. "Generalmente — dice Zavala — se cree que el primer libro que dió a la estampa es Azul. A avivar esta creencia contribuyó el mismo Darío, quien al escribir la historia de sus libros — 1913 — la principió por Azul. Y, sin embargo, aludiendo únicamente a sus obras poéticas, Azul — 1888 — ocupa el tercer lugar. Con posterioridad a la aparición de este libro, aconte-

ció la de Rimas —1889—, de la cual Darío ni siquiera hace mención en su precitada historia.

Contra lo que ordinariamente se piensa, Rubén Darío jamás desdeñó a los clásicos españoles y menos aún en la época de su iniciación. La influencia que los poetas franceses ejercieron en él es tardía. Podemos asegurar que esta influencia sólo data de Azul en adelante. Y, sin embargo, esta influencia no es exclusiva. Es indudable que, en la época en que más se le discutió, Darío no dejó de beber en fuentes españolas. En *Prosas Profanas*, además del Pórtico al libro *En Tropel*, de Salvador Rueda, en el que renueva el endecasílabo anapéstico o de gaita gallega, de sus ensayos de versificación irregular y de su reminiscencia del Poema del Cid, encontramos sus “dezires, leyes y canciones”, cuya versificación —como Pedro Henríquez Ureña lo ha demostrado— es “muy siglo XV” español.

Pero concretándonos a la época en que Darío escribió su primero, segundo y cuarto libros en verso, es indiscutible que la influencia de los poetas españoles en el desenvolvimiento de su personalidad literaria es decisiva.

En la *Historia de mis Libros*, así como en algunas otras de sus obras, Darío confiesa haber leído y aun seguido de cerca, durante el período de su iniciación, a los clásicos españoles. Véase, por ejemplo, lo que con relación a este hecho expresa en el juicio que acerca del libro *Asonantes*, de Narciso Tondreau, emitió en la *Revista de Artes y Letras de Santiago de Chile*: “Antes seguía de cerca a los clásicos españoles, creía en la subsistencia de la época antigua; era pagano y tenía las continencias de un místico; rimaba octavas reales; creía que el soneto era prisión y grillo de un pensamiento, un cántaro chino en el que apretado se deforma un niño, para fabricar un enano; seguía más la enseñanza de los preceptistas que la imitación de la naturaleza, no cortaba un alejandrino sino de modo que resonase campanudo y con todos los compases de la música zorrillesca. Lloraba penas y cantaba amores bastante ingenuamente. En cambio traducía a Horacio. Y, sobre todo, tenía el don de la armonía”. Así, pues, es indiscutible que, a pesar del tono en que se expresa en el párrafo que antecede, Darío no desdeñó el oro de lo viejo”.

INDEX

	Pág.
Karl Barth, por <i>Roger Breuil</i>	7
Memorias de Leticia Valle, por <i>Rosa Chacel</i>	14
Espectro de Macedonio Fernández, por <i>Francisco Luis Bernárdez</i>	28
Más sobre la Torre de Marfil, por <i>Ramón Gómez de la Serna</i> ..	32

NOTAS

Donde lo cómico no es posible, por <i>Vicente Fatone</i>	59
Tres pueblos mártires, por <i>Augusto José Durelli</i>	62
LETRAS ARGENTINAS: Victoria Ocampo y la literatura femenina, por <i>Leopoldo Marechal</i>	66
La lírica amorosa de Bernárdez, por <i>Lisardo Zía</i>	70
Dibujo y Poesía, por <i>María Rosa Oliver</i>	74
CUESTIONES CIENTÍFICAS DE NUESTRO TIEMPO: ¿Es humana la ciencia?, por <i>José Babini</i>	75
CALENDARIO	81

Todos los materiales han sido exclusivamente escritos para SUR. Queda prohibido reproducir íntegra o fragmentariamente cualquiera de ellos sin autorización especial o sin mencionar su procedencia.

Todas las colaboraciones que no llevan al pie indicación alguna respecto al lugar de donde proceden, han sido escritas en Buenos Aires.

Los originales deben ser enviados a la Dirección: Viamonte 548.

No se aceptan colaboraciones espontáneas ni se mantiene correspondencia sobre ellas.

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N° 037921

Título de marca N° 159.486.

ESTE QUINCUAGÉSIMO SEGUNDO NÚMERO
DE "SUR" ACABÓSE DE IMPRIMIR EL DÍA
TREINTA DE ENERO DE MIL NOVE-
CIENTOS TREINTA Y NUEVE, EN
LA IMPRENTA LÓPEZ,
PERÚ 666, BUENOS AIRES

